

SECCION DOCTRINAL (1)

Al terminar con el presente número la série de los pertenecientes al tercer semestre y tercer tomo de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, damos cabida con mucho gusto á los siguientes artículos del Sr. Torres Muñoz de Luna, nuestro antiguo amigo y nuevo colaborador, y del Sr. Segovia, nuestro amigo también y favorecedor constante. De intento hemos dejado para el número siguiente, primero del tomo cuarto, que ha de ver la luz en 1.º de Octubre, el comienzo de algunos trabajos distinguidos de varios ilustres colaboradores, acerca de «la tradición de los pueblos,» «los delitos políticos y delitos comunes,» «la patria,» y otras materias importantes, á fin de que no resulten divididos luego en dos tomos y dos índices, lo cual procuramos evitar, siempre que nos es posible, como lo habrán notado nuestros lectores.

EN UNA ESCUELA (2)

LA VIUDA.—Mucho me gustan estas planas, Sr. Maestro; y aunque yo no lo entiendo, me parece que mi Candidito va á tener buena pluma.

(1) Con el presente número damos á nuestros suscritores el índice y cubierta del tomo tercero de nuestra Revista, y ocho páginas, ó medio pliego, de aumento extraordinario en su lectura.

(2) Véase el artículo titulado «¿Cuántos años tienen?» en el núm. 52 de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, publicado el 1.º de Setiembre.

EL MAESTRO.—Pues vea V. ahora estos dibujos.

LA VIUDA.—Muy bonitos. Estas lomas se conoce que son de las montañas de Santander.

EL MAESTRO.—No Señora, son vistas de la Suiza.

LA VIUDA.—¡Ya! de esa tierra de donde vienen los que ponen los cafés.

EL MAESTRO.—De la república modelo: así tienen ellos esas montañas tan hermosas, porque la naturaleza favorece al hombre amante de la libertad.

LA VIUDA.—Pues mire V., yo he estado en Astúrias y en Galicia en tiempos en que no había república, ni nadie la había oído mentar, ni soñaba en ella, como quien dice ayer mañana, y crea usted que, con perdon de los señores suizos, montañas más hermosas que aquellas...! Por eso quisiera yo que mi chico pintara montañas de ésas, porque al fin son cosa de España; y como su padre era de por allá... En fin, no sería malo que el muchacho supiera lo bueno que tenemos por acá, y se aficionara á su tierra.

EL MAESTRO.—Es que yo no educo á mis discípulos para que se crean únicamente españoles.

LA VIUDA.—¡Ay, Virgen! ¿Pues quiere V. hacerme suizo á mi Cándido?

EL MAESTRO.—Tampoco; no señora.

LA VIUDA.—No porque yo quiera quitar su crédito á los señores suizos, al contrario: mi marido, que era muy lector, tenía un libro que contaba muchas cosas de ellos; y decía que era una gente muy honrada, y muy valiente, y muy leal, sobre todo, en pagándolos bien. Y que, como sin duda esas montañas tan hermosas no les dan para comer, se marchaban á otras tierras, á servir á todos los reyes para ganarse el pan, y que por malo que fuera el rey, ellos le servían muy fielmente. Con que ya ve V. si serán bonachones; y no como estos republicanos de ahora que no pueden ver los reyes, ni en *estavuta*; y si no, que se lo pregunten al caballo de bronce de la Plaza Mayor de Madrid. Pero con todo eso; Sr. Maestro, yo sentiría mucho que mi chico se me volviera suizo.

EL MAESTRO.—Repito, señora, que ni lo uno ni lo otro: yo lo que quiero es que sea cosmopolita.

LA VIUDA.—¡Ay! señor de mi alma; pues muchísimo peor.

Porque yo de esos señores *cormos* no sé nada, ni los conozco más que para servirlos; ni tengo oído de más *espolista* que de un primo de mi abuelo, y aunque parece que no le fué muy mal...

EL MAESTRO.—Pero, doña Potenciana, si está V. disparatando: cosmopolita llamamos ahora al hombre que se tiene por hijo de la gran familia humana, llama su patria á todo el planeta, ama como hermanos á los hombres de todos los países, y no se considera español, ni francés, ni griego, ni da la preferencia á un país cualquiera por la casualidad de haber nacido en él.

LA VIUDA.—Pero es el caso que mi Candidito no ha nacido en España por casualidad, sino porque sus padres, y sus abuelos, y toda su generacion por los cuatro costados han sido españoles; sangre española corre por sus venas; el aire de España ha respirado siempre; con agua de España le cristianaron, y de España es el pan que le alimenta, y españoles han rodeado su cuna siempre, y en español ha aprendido á rezar, con qué, ¿cómo quiere usted que esta tierra no sea su patria, y lo vaya á ser esa planeta que V. dice, cuando ni el muchacho, ni nadie de su casta, que yo sepa, ha puesto jamás los piés en ninguna planeta? Y no porque yo niegue que esa planeta que V. dice sea mejor que la Coruña, donde nació el chico, ó que Betanzos, de donde era su padre, ó en fin, que Mazarambroz, donde yo soy nacida y criada; pero á cada cual debe tirarle su tierra.

EL MAESTRO.—Bien, señora, V. no me entiende, y sería muy largo el dár más explicaciones. El caso es que V. ha venido de vuelta de su viaje, en primer lugar á traerme un regalo que yo estimo mucho...

LA VIUDA.—¡Ay, señor! ¡No se hable de eso: no hay más sino que los pollos están engordados con salvado fino, y trigo, y el mazapan lo ha hecho mi hermana que tiene unas manos...!

EL MAESTRO.—Repito que lo agradezco; y como además quiere usted informarse de los adelantos de su hijo, le he enseñado á usted sus planas, sus dibujos, y ahora que supongo que ya habrá acabado de merendar, voy á llamarle y sufrirá un breve exámen en presencia de V.—¡A ver! ¡Cándido Sada! (*llamando*).

CANDIDITO—(*saliendo*). Mande V., Sr. Maestro ..; Hola, mamá!

LA VIUDA.—(con acompañamiento de abrazos y besucones). ¡Hijo de mi alma!... ¡Y qué hermoso está! Dios le bendiga.

EL MAESTRO.—Vamos á ver, Sada: su madre de V. quiere medir por sí misma la altura á que se halla el nivel de los conocimientos de su hijo. Repasemos brevemente los puntos culminantes de las materias que hemos recorrido en la marcha de nuestros estudios.—Dígame V. ¿qué es Naturaleza?

CAND.—(en tono de papagayo). El conjunto de... de... de... hombres... hombres...

LA VIUDA.—(apuntando)... Mujeres...

CANDITO.—De hombres, animales, plantas, y seres inorgánicos, que... que...

LA VIUDA.—...Que Dios crió...

CAND.—(sin hacer caso) inorgánicos que hieren nuestros sentidos, y de las leyes que gobiernan sus... sus... sus movimientos y transformaciones.

EL MAESTRO.—¿Y cómo se llama el elemento constitutivo de todo cuanto existe en el mundo?

CAND.—Materia.

LA VIUDA.—¡Y que es mucha verdad! Que todo en este pícaro mundo no es más que materia y podredumbre. Digo, sin que esto sea negar que hay también mucho bueno, ni que falten buenas almas.

CAND.—Mamá, si dice el Sr. Maestro que no hay almas.

LA VIUDA.—Cállate, niño, ¿cómo ha de decir semejante disparate? Pues si tú no tuvieras alma ¿cómo habías de aprender? ¿Ni cómo habías de querer á tu madre? Y sobre todo, ¿qué esperanzas habías de tener de irte al cielo despues de esta pícara vida?—Dígame V., Sr. Maestro, ¿es eso verdad, que V. les enseña que no hay alma?

EL MAESTRO.—Yo, señora, enseño lo que sé. Yo sé que para que Candidito aprenda no necesita de eso que V. llama el alma.

LA VIUDA.—Pues dime, hijo, ¿con qué aprendes tú la lección? ¿Con los codos ó los tobillos?

CAND.—No, señora, con el entendimiento, con la memoria, con la voluntad; que son...

LA VIUDA.—Pues; las tres potencias del alma.

CAND.—(continuando en su entonacion de papagayo). Que son unas secreciones del cerebro...

LA VIUDA.—¡Del cerebro!

EL MAESTRO.—De los sesos, para que V. lo entienda.

LA VIUDA.—Ya lo habia entendido; pero entónces, los carneros y los burros, y los topos, que tambien tienen sesos, podrán aprender todas esas *fisolomias*, y hasta ser maestros de escuela.

EL MAESTRO.—¿Y quién duda que tambien los animales aprenden? Aunque no como nosotros, porque nuestra organizacion es más perfecta.

LA VIUDA.—Pues vele ahí V.; porque nosotros tenemos un alma racional para conocer á Dios y salvarnos. Mire V. como un perro sábio, que los he visto yo, que hasta jugaban al dominó, y disparaban un fusil, todo ménos conocer al Dios que los crió. Y sobre todo, de mí no logrará V. que le diga á esta criatura, en lugar de «hijo mio de mí alma», hijo de mis sesos.

EL MAESTRO.—Pero, señora, ¿V. ha visto alguna vez algun alma?

LA VIUDA.—¡Ay, Señor! La mia no la veo, pero la siento, y nadie me convencerá de que no tengo yo acá dentro una cosa interior que soy yo misma; porque, mire V., cuando yo estoy acá cavilando, ó encomendándome á Dios y á la Virgen, ó recordando mis penas, crea V. que no me acuerdo de si tengo manos, ni piés, ni cabeza siquiera; y puedo jurarle á V. que ni lo siento. Pero si siento muy bien que estoy yo misma allí dentro de mí misma; y que si en aquel momento me quitaran la cabeza y los pies y las manos, y hasta las asaduras, todavia me quedaba yo, y á esto llamo yo mi alma, y ésta es la que pido á Dios que lleve á su santa gloria, y no los sesos, ni esas *discreciones* que *ustés* dicen.

EL MAESTRO.—Señora mia, todo eso es pura ignorancia.

LA VIUDA.—Será lo que V. quiera: pero no disputemos, y hágame V. el favor de preguntarle al chico algo de la doctrina.

EL MAESTRO.—¿De qué doctrina?

LA VIUDA.—¡Toma! De la doctrina cristiana: ¿pues hay otra?

CAND.—Mamá, aquí no damos eso; y los chicos se rieron mucho de mí cuando traje el Catecismo.

LA VIUDA.—Si tienen otro libro mejor, yo no sé de eso: ¡aunque otro P. Ripalda!...

EL MAESTRO.—Aquí, señora, se enseña la moral; por la cual

aprende el jóven á ser útil á sí mismo y á sus semejantes; á ser hombre honrado, buen ciudadano;...

CAND.—Sr. Maestro, ¿y qué quiere decir ciudadano, si hemos de ser cosmopolitas?

EL MAESTRO—(algo perplejo). Eso... ya lo aprenderás más adelante. Pues, como digo, la moral da reglas al hombre para ser buen padre de familia...

CAND.—¿Y quién es el padre de la familia humana?

LA VIUDA.—Del género humano se dice, muchacho. ¿Pues quién ha de ser, sino Dios nuestro Señor, que á todos nos crió? Con qué, vamos, ya voy entendiendo que eso que ustedes llaman ahora la morera...

EL MAESTRO.—La moral, señora.

LA VIUDA.—Yo le diré á V.: como en casa de mi padre criábamos gusanos de seda, y unas veces les dábamos hoja de morera y otras de moral...

EL MAESTRO.—Esta es otra moral.

LA VIUDA.—Pues si ya estoy al cabo de la calle: eso es lo mismo que antiguamente se llamaba el credo (ó los artículos de la fé) y los mandamientos. De manera que con un par de hojas del P. Ripalda que se aprendan los muchachos bien aprendidas, crea usted que, en rigor, ya saben cuanto tiene que saber un hombre para ser bueno. Y si se convencieran luego de que el Señor tiene prometida la gloria á los que practiquen las virtudes, y por eso las llama el catecismo *las bienaventuranzas*, crea V. que no se verían mas que santos y santas por esas calles.

EL MAESTRO.—Con todas esas pamplinas está la sociedad bien corrompida,

LA VIUDA.—¡Ay, Señor! Pamplinas le llama V. al amar á Dios sobre todas las cosas y al prógimo como á nosotros mismos? ¡Pues si esto se practicara!

EL MAESTRO.—¡Dios, Dios! Con pensar en Dios y en ese otro mundo, descuidan Vds. éste, y así anda ello.

LA VIUDA.—Muy equivocado está V.: y el mismo P. Ripalda lo dice: que el hombre «no puede ser justo ni salvarse *con fé sola*; que además ha de tener caridad y hacer buenas obras.»

EL MAESTRO.—Siempre están ustedes hablando de caridad, y los ricos explotan á los pobres, y...

LA VIUDA.—El que lo haga no es cristiano; y los que con pretexto de que son pobres, roban, y matan, y queman, y destrozan, y hacen más daño que todos los diablos del infierno ¿harian tales cosas si en la escuela les hubieran metido bien en la cabeza la doctrina del Evangelio, que hasta aconseja amar á nuestros enemigos y hacer bien á quien nos haga mal?

EL MAESTRO.—¡Buenas y gordas!

LA VIUDA.— ¡Y tan gordas! ¡Ay, señor! ¡qué gordas las estamos viendo en estos pícaros tiempos! Pero como yo no quiero que mi hijo se crie sin religion, en este instante me le llevo á mi casa: allí no aprenderá á ser *cormo* ni *espolista*, ni se me volverá de esos suizos republicanos que se van á defender por el dinero á todos los reyes. Defenderá al nuestro cuando le haya, y si no; defenderá á España, que es su patria, sin necesidad de irse á reinos extranjeros como ese de la planeta á donde V. me le queria llevar, que Dios sabe si será peor que Marruecos y que los Estados- Unidos.

EL MAESTRO.—Basta, señora, no me sofoque V.: cuanto antes se lleve V. á su hijo, mejor para mí. Vaya V., Sr. Sada, vaya usted á recoger su ropa, y lárguese con su señora madre.

(*Váse Candidito*).—Una vez que V. quiere embrutecer á su hijo, no me opongo.

LA VIUDA.—Yo no sé lo que V. llama embrutecer; pero si no aprende esas *madremáticas* y *geromagrias* que Vds. enseñan, aprenderá lo que he dicho ántes: á amar á Dios y al prójimo; á honrar á su madre y á todos sus mayores; á no matar ni quitar la honra á nadie; á no tomar lo que no sea suyo, ni siquiera codiciar los bienes ajenos; de manera que poco le importará que otros sean ricos, y hasta partirá con los más pobres lo que tenga en su casa ó lo que gane con su trabajo. Francamente, Sr. Maestro; si todos hicieran esto ¿tendrían mucho qué hacer los jueces y los tribunales? ¿Habria un *policia* en cada esquina, y una cárcel en cada pueblo, y un presidio cada veinte leguas? ¡Y precisamente la doctrina que hace á los hombres buenos es la que no quieren ustedes enseñar en la escuela!

EL MAESTRO.—Pero, señora, no sea V. terca: ya le he dicho que yo enseño á mis discípulos á ser justos y benéficos.

LA VIUDA.—Por Dios y por la Virgen ¿cómo han de serlo no

siendo cristianos? ¿Cómo quiere V. que un hombre deje de hacer cuanto le dé la gana, y de entregarse á sus pasiones, si no cree que hay un Dios que premia y castiga? ¿Cómo no han de estar sacando la navaja á cada paso los vengativos, si no creen que Dios niega su perdón al que á otro no perdona? ¿Ve V. esos que andan quemando las mieses, y los olivares, y los cortijos, y las fábricas; y esos otros que se van á robar en grande con navíos y con cañones? Pues esos lo hacen porque están creídos que no hay quien los castigüe. ¿Lo harían si en la escuela les hubieran puesto en el corazón el santo temor de Dios, que *sin falencia* premia y castiga en la otra vida?

(EL MAESTRO, *va á responder, pero se suspende oyendo dentro un grande estrépito de voces, llantos, imprecaciones, y hasta blasfemias.*— ¡Dámelo mío, ladrón!

— ¡Yo ladrón? Toma.

— ¡Ay! ¡Ay!

— ¡Déjale!

— ¡Mátale!

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Sr. Maestroooo!

(Salen al fin una porción de muchachos en peloton, dándose de cachetes entre ellos, Candido, desgarrado, arañado, y sangrando por las narices.)

LA VIUDA. — ¡Hijo de mis entrañas! ¿Qué te pasa?

CÁNDO. — Sr. Maestro, *miusté* á Contreras que me ha robado los botones de oro, y porque le dije que me los diera lo que me ha dado es una cachetina. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*llorando*).

LA VIUDA. — Esto es una picardía... ¿y V. consiente...?

EL MAESTRO (*con tono severo*). — ¿Qué desórden es este? ¿Quién lo ha pegado?

CONTRERAS. — Yo, porque me ha llamo ladrón.

CÁNDO. — Como que me ha robado; y además me ha dicho aristócrata.

CONTRERAS. — Pues digo bien: ¿para qué se nos viene aquí con botones de oro, y cadenas de acero?

LA VIUDA. — Porque son suyos; y lo que mi hijo gasta no le debe nada á nadie.

UN CINQUERRÍN. — Miuté, señó maéto, y Cardevila tambien le ha pegao: y le ha llamao «monaguillo, *morigato*».

CAPDEVILA.—Pues ya se vé que es mogigato; que siempre nos está amenazando con que Dios nós ha de castigar.

LA VIUDA.—Y tiene remuchísima razón.

EL MAESTRO.—¿Vé V., señora las consecuencias de enseñar que hay un Dios que es un verdugo?

LA VIUDA.—¿Y V. no vé las consecuencias de no enseñar que hay un Dios supremo juez?

EL MAESTRO.—Contreras, devuelva V. lo que ha quitado.

CONTRERAS.—¡Yo! ¡Primeró me borraría el nombre! ¿No nos ha dicho V. muchas veces que todos los bienes deben ser comunes? ¿Por qué ha de tener él botones majos y yo no?

EL MAESTRO.—(*Enfurecido.*)—Haga V. lo que le mando ó le rompo el alma.

VARIOS MUCHACHOS (*riéndose*).—El alma, ¡el alma! ¡Y dice que no tenemos alma!

CAPDEVILA.—Tambien el maestro quiere echársela de tirano.

MUCHAS VOCES.—Muera el tirano. (*El tirano comienza á repartir pescozones.—Contreras, Capdevila, y otros grandullones se amotinan y empiezan á disparar proyectiles contra el preceptor, la Viuda y el Candidato escapan.—Entra de repente un quidam, sable en mano.*)

CONTRERAS.—Padre, padre, que me pegán.

EL QUIDAM.—¿Quién es el bribon..?

EL MAESTRO.—Yo, que no quiero que en mi casa se robe á nadie.

CONTRERAS.—¿Pues no decia V. que todos los bienes deben ser comunes?

CAPDEVILA (*con ironía y gran sorna*).—Pero hombre, ¿no ves que mata Dios, como decia el otro monago?

EL QUIDAM.—¡Pero, charrascas! (1) ¿qué ha habido aquí?

EL MAESTRO.—Un desórden, que yo quiero remediar con el castigo conveniente.

EL QUIDAM.—Pues yo no le he entregado á V. á mi hijo para que le castigue, que no es ningun esclavo.

M.—¿Y si me falta?

Q.—Mas que falte.

(1) El lector suplirá cualquiera otra exclamacion, si esta no le parece bien.

M. — ¡Y si me pega?

Q. — Mas que pegue: hace muy bien.

Coro de muchachos (*acompañado de palmoteo.*) ¡Bravo! ¡Bravo!
(Empiezan á llover tinteros sobre el tirano: este se defiende á silletazos; el *quidam* esgrime el chafarote....)

CAE EL TELON.

ANTONIO M. SEGOVIA.

UN RECUERDO DE GIESSEN

SR. D. CÁRLOS MARÍA PERIER.

Estimado amigo: desde la fundacion de su Revista LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD prometí á nuestro ilustre y buen amigo D. Juan Bravo Murillo (Q. S. G. H.) dedicar á tan excelente obra algun rato de huelga, no voluntaria, sino eventual á mis ordinarias atenciones, y emplearle en esta sublime empresa de reconstitucion social, que está incitando sin cesar á todos los hombres de bien á un sagrado y preferente objeto, tal como lo comprendieron ustedes en vida de aquel insigne repúblico, honra perenne de España, como jurisconsulto, hacendista y grande hombre de Estado.

Varias veces he tomado la pluma para ofrecer mi pobre óbolo á esta magnífica y honrada caja de depósitos, de la buena moral pública, en donde el alma y la inteligencia católica hallarán, á la vez que una seguridad absoluta en el rico capital de sus creencias, una pingüe renta de dulce consuelo para los sentimientos fundamentales de la sociedad humana. Pero, lo digo sin modestia, no me quedó ánimo para proseguir, al embelesarme unas veces con la lectura de sus magníficos artículos, llenos de profundidad filosófica bajo la sencilla forma de leccion evangélica y con una fuerza de convencimiento irresistible, como que brotan de la fuente eterna de la verdad, y con esto aludo á los inimitables escritos del docto y virtuoso Obispo de Jaen;

deleitado otras, con los originales y siempre encantadores párrafos del rey del epigrama Español, sin igual en Europa, mi ilustradísimo amigo D. Antonio María Segevia; admirado siempre del conjunto de cualidades que atesora en todos sus escritos el más cumplido modelo de caballeros cristianos españoles, mi bondadoso amigo el Sr. Marqués de Molins, en quien no sé qué admirar más, si la portentosa erudición que constituye su rico tesoro de ideas universales, el dulce aroma de sentimientos nobles, con que las atavia, ó esa mágica y misteriosa poesía de estilo, que él solo posee y hace que cuanto escribe crezca y tome proporciones tales, ante el subyugado entendimiento del lector, que este pierda toda personalidad y quede fascinado bajo el irresistible iman de su ingenio sublime.

Por último y para no ser pesado, omito hablar de otros muchos doctísimos escritores... que han demostrado con notables artículos, publicados en su preciosa Revista, á la vez que un saber no comun, lo que para mí es mas valioso, esto es, creencias firmes y sólidas en la religion de nuestros mayores, única que enlaza misteriosamente la dualidad humana, materia y espíritu, que tan rota veo por ahí en muchas naciones, que se creen mas civilizadas, porque son mas ateas ó materialistas; y en donde, créame V., á fuer de químico práctico, el reactivo de nuestra fé, me ha dado siempre esta respuesta, «Aquí *ya no hay* prójimo: el alma ha sido materializada por el cuerpo, y el rostro humano ha perdido aquel sello especial divino, que solamente da el sentimiento y la observancia de nuestra sacrosanta religion.»

Así es, que arredrado ante el convencimiento de que poco habia de valer mi contingente, para la grande obra que tan brillantemente llevan Vds. á cabo, he ido retardando siempre el cumplir aquella oferta, hecha á nuestro ilustre é inolvidable amigo, hasta que al regresar ahora de Austria, en donde hemos trabajado como buenos, los jurados españoles, por la honra y prosperidad de la desdichada patria, me ha asaltado el remordimiento de retardar demasiado aquella promesa: y aquí me tiene V. ya en campaña deseoso de cumplir lo mejor que pueda tan grato compromiso. Pero es el caso, que ahora tropiezo con una dificultad, y es que, en mi calidad de profesor de química, ni mis conocimientos ni aptitudes se prestan en manera alguna á discusiones filosó-

ficas sobre la cuestion social que tanto interesa, pero que no preocupa á muchos cuanto debiera; y por otra parte, me faltan estudios y costumbre para plantear en estilo propio los problemas que con tanta erudicion Vds. abordan para sacar siempre incólume la verdad eterna contra los sofismas políticos y sociales que tanto pululan en nuestro desventurado suelo.

Más estando decidido á no dejar la pluma, sino despues de haber hecho algo práctico en pró de la buena causa, voy á ver si logro, sin salirme de mi terreno, proporcionar á V. algun material más, siquiera sea tosca arena, para la reedificacion gloriosa que ha emprendido bajo los planos y recto espíritu, que desde la aparicion del prospecto de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD son conocidos de todos.

Allá van unos recuerdos de estudiante; y aunque la fecha ya es remota, estoy seguro que el asunto á que se refieren lo considerará V. como de fresca actualidad. Vamos al grano.

Era en Mayo de 1851, cuando afanoso por ensanchar el círculo de mis conocimientos químicos, emprendí el viaje á Giessen, centro de los jóvenes químicos de toda Europa, atraidos por la celebridad, ya entónces esparcida en el mundo entero, de mi inolvidable profesor Liebig.—Dejé mi querida familia en París, y atravesando parte de Bélgica, surqué el pintoresco Rhin hasta Maguncia, desde donde, despues de saludar la famosa estátua de Güttemberg pasé á Francfort, dirigiéndome ya desde allí á la hasta entónces desconocida localidad del ducado de Nasseau; pero inmortalizada desde que Dios destinó á ella al primer génio, en mi modesta opinion, del presente siglo.

Mis jóvenes y alegres compañeros me acogieron con esa franqueza estudiantil que no tiene igual en ninguna época de la vida, y cuyo recuerdo nos es siempre grato.

Hay que tener en cuenta que era el primer español que pisaba aquel laboratorio (1), y esto constituia cierta novedad, que disponia el buen carácter de mis condiscipulos á las deferentes muestras de aprecio, que nunca olvidaré.

Seguimos estrechando los lazos de nuestro juvenil afecto; pe-

(1) Conmigo fué otro querido compañero, que falleció al año siguiente.

ro pronto me convencí, con pena, de que entre los allí reunidos, era el solo católico, apostólico, romano: todos, excepto yo, eran algo más que protestantes.

Dejo á la consideracion de V., querido amigo, lo que por mí pasaria, al verme á cada momento, durante el primer mes de mi estancia, blanco de mil alusiones, burlonas unas, embozadas otras, y todas presentadas siempre con las formas triviales de esa familiaridad, propia de jóvenes ligeros, que van á su objeto, sin pararse en el fondo sério y razonado de las cosas.

Yo eludía con cierto esmero y educacion el entrar en semejante terreno, para el que no estaba en realidad bien preparado, oponiendo siempre á sus provocaciones, unas veces la observacion de que eran asuntos aquellos impropios de conversaciones de estudiantes, y otras, cuando me veia muy estrechado «que nuestras creencias y prácticas religiosas quedaban reducidas, en último término, á esta sencilla fórmula, *creer, amar y esperar*; y que Dios era el único que podia devolverles las fibras del alma encargadas de sentir esta dulce síntesis de nuestra fé, que ellos se habian *amputado* deliberadamente por un acto de frio alarde materialista, ó de indiferencia estóica. En vano venia á parar, defendiéndome, á este inexpugnable parapeto; ellos insistian en sus alfilerazos con una constancia que me fué cargando al fin, hasta que ya un dia provoqué la explicacion siguiente:

Señores, dije, me tienen Vds. ya harto de sus continuas alusiones y tenaces epigramas; y es preciso que esto concluya: yo no he venido aquí á discutir con Vds. cuestiones teológicas, ni á enseñarles á sentir ni practicar en materias de religion; pero, puesto que Vds. no cesan un punto en su tema, les advierto, de una vez para siempre, que, ó me rompo la cabeza como buen español, aunque esto sea vituperable, con el que Vds. elijan por suerte, ó desde hoy mismo hemos concluido de hablar de cosas graves, en las que veo andan Vds. lastimosamente estraviados, segun mi razón y la fé que tengo arraigada en el alma. Ni yo les convenceré á Vds., ni mucho menos Vds. á mí; con que así, dejemos la religion para los encargados de enseñarla y defenderla, y ocupémonos, señores, de la química, que es nuestro terreno neutral.

Este discurso fué bastante bien acogido; pero no faltó entre el

corro un condiscípulo, prusiano por cierto, que se permitió decir: «¡pues, la fé! esa es el áncora á que se aferran los que no tienen otra manera de defender fanáticas ideas.» Aquí perdí los estribos, y sin poderme contener, le repliqué; pues admito el reto solo contra todos Vds.; pero con tres condiciones, á saber: 1.^a que sea uno el que se encargue de formularme concretamente las objeciones de todos; 2.^a que nos hemos de valer de nuestra propia ciencia para esta discusion; y 3.^a que no volveremos á hablar más, en lo sucesivo, de semejantes materias tan delicadas como difíciles de tratar de una manera conveniente.

Admitidas las condiciones, la asamblea deliberó breves momentos, y el mismo condiscípulo prusiano, Yagór se llamaba, si no estoy trascordado, me presentó las proposiciones siguientes:

1.^a El hombre es libre en absoluto, y solo están sujetos sus actos á la fatalidad.

2.^a No hay más allá de esta vida.

3.^a No hay más Dios que la razon humana: ella sola basta para abarcar el universo.

Quedéme un poco pensativo, meditando algunos instantes, y sobre todo pidiendo al Dios, que negaban aquellos obcecados compañeros, me iluminase con nuestra propia ciencia para dar forma de convencimiento á lo que sentia en aquel instante y que, gracias á la misericordia divina, siento cada vez con más creciente intensidad en el fondo de mi alma; y acto seguido respondí de la manera siguiente condensando la fuerza de mis contestaciones en estos ó semejantes términos.

Parece mentira, señores, que siendo tan ilustrados en las ciencias naturales, sostengais un absurdo tan colosal, como es, suponer que el hombre es libre en absoluto y que sus actos solo están sujetos á la fatalidad. Pues ¿y el medio en que vive? ¿Y la presion? ¿Y la temperatura? ¿Y el estado higrométrico? Por ventura, ¿no gira con velocidad espantosa, quiera ó no, sobre la tierra?

Entendámonos: es libre como ser éspiritual y *consciente*, supuesto que Dios le dió *libre albedrío* y que de lo contrario no tendría responsabilidad de sus actos; pero esta libertad se halla subordinada á leyes morales, tan claras y *legibles*, como las que nosotros desciframos todos los días con el instrumento que nos ha dado la divinidad, la inteligencia, reflejo de sí misma. Somos libres para

la aplicacion *recta* y cumplimiento exacto de estas leyes, como nos ha permitido y nos permite Dios leer diariamente en la naturaleza, en el libro escrito por Él, esplendente manifestacion de la sabiduría eterna. Pero ¿cómo podeis negarme, que por lo demás, el hombre, cuando se enorgullece rebelándose contra su Criador, se asemeja á un ridículo jorobado que pretendiera rivalizar con la perfecta hermosura?

En una palabra; material y moralmente hablando, el hombre tiene la libertad de moverse en el medio moral y material que le ha destinado el Hacedor, pero sujeto siempre á leyes sábias, eternas é ineludibles, que rigen y gobiernan ambos medios: es verdad que puede suicidarse de mil modos el alma ó el cuerpo; pero no lo es menos, que al infringir las leyes prefijadas por la divinidad, será responsable y victima á la vez de esta perturbacion, no de otra suerte que si uno de nosotros, tan familiarizados con la ley de gravitacion, nos empeñáramos en contrariarla, queriendo invertirla. ¿Dejaríamos de estrellarnos? Porque ¿quién sino Dios puede conseguir que una ley moral ó natural, sea impunemente infringida, ó no se cumpla?...

¡Que estamos sujetos á la fatalidad! ¿Es decir, que negais toda intervencion divina en vuestra existencia? ¿Que apoyais el absurdo de que no haya leyes que rijan vuestros actos, mientras me concedeis que las hay hasta para cuanto se refiere á la materia bruta ó inanimada? ¿Con que es decir que la sabiduría eterna del Creador infinito, se entretuvo en sujetar á leyes fijas é inmutables, desde el átomo de arena y la gota de rocío hasta las atracciones recíprocas de los mundos, y habrá dejado olvidados en su divina intervencion los actos humanos? ¿Es decir, que mientras los cuerpos se buscan, aman y unen, segun leyes de celestial sabiduría, y la materia, ya bruta, ya organizada, oscila sin cesar bajo el influjo de fuerzas constantes y prefijadas, lo más grande, lo más trascendental, en fin, lo más responsable en el universo, que son los actos humanos, girarian fuera de toda órbita, se habrian escapado de la malla que contiene y relaciona todo lo creado, y nuestra existencia moral se verificaria en el infinito vacío del tiempo y del espacio? Error elemental y grosero, indigno de vosotros, tan sábiamente familiarizados con la grandiosa filosofía de las ciencias naturales.—Yo os afirmo, en cambio de vuestra injustificable

obcecacion, que hay leyes morales, políticas y sociales, que guardan un estrecho y armónico paralelismo con las naturales que nosotros conocemos; y que mientras no se investigan y descifran estas leyes, nada saben, ni el legislador, ni el político, ni el historiador: son empíricos, y nada más que empíricos. — Existe, pues, un importantísimo y urgente problema de estudio para la humanidad, á saber: *conocer el paralelismo que guardan entre sí las leyes morales, políticas y sociales, con las de las ciencias naturales.*

¿No hay mas allá de esta vida? ¿Es posible que vosotros, tan ilustrados naturalistas, afirméis esta quimera? Hacedme el favor de contestarme con sinceridad y concretamente á mis preguntas. — ¿Conoceis algun límite al poder creador de ese soberano ser que llamareis naturaleza, y yo, caminando mas en línea recta que vosotros, denomino Dios? ¿Han sido agotados por algun sábio todavía, ni lo serán nunca, el estudio de todas las plantas, insectos, minerales, etc., etc. de este mundo pequeño y material? — No. — ¿Es verdad que el simbolo mas gráfico de todo el horizonte que abarcamos en el estudio de la naturaleza, es lo infinito, lo mismo en lo mas pequeño, que en lo inmensamente grande, así en la química de los mundos, como en la astronomía de los átomos? — Si. — Pues decidme ahora, ¿os han tomado parecer para venir á este mundo? ¿Teneis conciencia de que vuestra voluntad ha sido consultada para vuestra resurreccion de la nada? — ¿Es cierto que existis por *poder externo* al vuestro, y que autómatas en el mundo, fuera de vuestro microcosmó, ningun poder teneis para variar en nada la marcha de vuestra misma vida hácia su ocaso? — Si. — Pues si por una parte me concedéis, lo que es de toda evidencia, á saber, que Dios no tiene límites en su poder, y por otra, otorgais como no podeis por menos de hacerlo, que habeis venido á este mundo, no por voluntad ni accion propia, sino por un *poder fuera del alcance humano*, ¿por qué rechazais la evidencia de que quien os trajo aquí, en virtud de su omnímoda voluntad podrá llevaros mañana en la forma que quiera y á dónde le parezca, como consecuencia del mismo atributo de su infinito poder? — Esto es evidente.

Vamos á la última cuestion. — *No hay mas Dios que la razon humana: ella sola basta para abarcar el universo entero.* — Permittedme ante todo que os diga una cosa: si yo no estuviera *esperari-*

mentalmente convencido de cuanto afirma y enseña nuestra amada religion, os aseguro que al llegar á cierto grado de riqueza intelectual, y así como en el mundo de la vanidad al rico se hace noble, yo en el inmenso océano de la moral universal ennoblecería mi alma adquiriendo á toda costa aquel perfectísimo estado, aunque solo fuera como cuestion de dignidad humana, á no tener, cual me sucede, gracias á Dios, la dicha de poseer desde la pila bautismal, verdadera cuna del cristiano, tan elevadísima alcurnia. Pero sé que no os deteneis á apreciar esta clase de sentimientos, y voy á vuestro terreno.

Decidme, compañeros, ¿por qué no percibimos á la simple vista, los bacterios, espórnulas, infusorios, miasmas, y la infinidad de séres microscópicos, que pueblan el océano aéreo? ¿Por qué nuestra vista no tiene tension bastante para apreciar estos objetos sin el auxilio del microscópio? Y aun con él ¿cuántos y cuántos millones de séres se escapan á nuestra observacion directa?...

¿Por qué no seguimos la huella mediante nuestro olfato de un animal de monte cualquiera, como por su rastro dan con él los perros de caza? ¿Dónde está la balanza para apreciar la partícula de materia que los animales dejan á su paso? ¿Por qué, si somos tan perfectos, no seguimos por su influencia, la pieza ó rés hasta dar con ella, sin necesidad de sumar, á nuestra limitada organizacion, una calidad sobresaliente de otro animal, puesto por Dios á nuestro servicio? ¿Porqué el sentido del tacto, instrumento tambien de percepcion, es, como sabeis, muy imperfecto, ó por mejor decir, limitado?—Por último: ¿por qué no oimos las vibraciones acústicas, que en ondas sonoras nos trasmite el éter desde zonas lejanas, siendo preciso que estemos en cierto modo casi encima de su origen, para que las percibamos?... Por la misma razon de siempre; porque nuestro admirable aparato auditivo, á pesar de su asombrosa construccion, es limitado. Pues bien, señores, ¿qué es el cerebro humano? Un aparato central perceptivo. Y la razon humana ha de valerse de sus operaciones. ¿Y cuándo no ha sido absurdo en lógica elemental de nuestras ciencias experimentales, deducir cosas y resultados perfectos con instrumentos imperfectos? ¿Cómo hemos de conocer la perfeccion absoluta, que es Dios, con un aparato tosco y limitado y por lo tanto imperfecto

como es nuestra inteligencia? ¿Qué valor ha de tener nuestra razon, medio á la vez y resultado del experimento directo de observacion, existiendo tan numerosos y groseros inconvenientes?— Tanto valiera que os pidiesen pesar átomos con una balanza de pesar carbon: os reiriais de la exigencia; y si alguno consintiera, mirariais sus *resultados experimentales*, con más burla quizá que desprecio os merecerian sus medios operatorios y sobre todo el risible aparato. —Creedme, amigos míos; somos decimales, y nada más que decimales: inteligencias, sí, pero limitadas. La *unidad divina* que está en los cielos es solo la omnisciente. Procuremos, con la ciencia, dirigida por la fé cristiana, y sobre todo por las virtudes que ella enseña, subir en categoría numérica, para aproximarnos, cuanto podamos, pobres fracciones humanas, á la unidad objetiva; y cuando al llegar á cierta altura en el mundo intelectual, sintamos vértigos, cerremos los ojos; y en vez de blasfemar groseramente ó querer hombrearnos con Dios, inclinemos nuestras mezquinas frentes; y digamos con grande entusiasmo de nuestra alma y el mas vivo amor de nuestro corazon; *¡Credo in unum Deum, patrem, omnipotentem, creatorem caeli et terrae*, con todo lo demas del sublime símbolo de la fé santa, que al mundo ha enseñado la religion católica.

Ignoro, amigo mio, si mi réplica á las proposiciones anteriores convenceria ó no á mis condiscípulos de Giessen; lo que sí puedo asegurar á V., es que desde entonces nadie volvió á buscarme la lengua en estas materias, tan espinosas y delicadas. Seguimos en buena armonia y concluimos pacíficamente nuestra campaña de química al lado del gran maestro Liebig, dispersándonos despues, cada uno en direccion de su patria. —Quiera Dios tocarles en el corazon para perfeccionar su ser intelectual, abdicando del funesto soberbio amor propio, sacrificio muy costoso en el hombre científico: y á mí me conserve, como hoy, siempre viva la fé en la religion de mis mayores, afirmada más y más en mi alma cristiana con el estudio de la naturaleza, libro inmortal escrito del puño y letra del divino Hacedor, en donde no se sabe qué admirar mas, si su inmenso poder y sabiduría, ó su infinito y paternal amor.

RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA DÉCIMA QUINTA

Apreciable Juan: En la carta anterior hemos procurado formarnos idea exacta de lo que es la *asociacion*, y hemos visto que la *sociedad* no lo es. No puedes figurarte los males que han venido de confundirlas, y qué de sueños se han querido realizar partiendo de este error. Vistas las ventajas de la *asociacion*, se han tomado en cuenta las que pudiéramos llamar armonías sociales, prescindiendo de los desacuerdos; y al ir á poner en práctica aquel ideal armónico, el edificio se ha venido al suelo, porque no tenia por base la verdad. Cuando esas pequeñas *sociedades* dentro de la sociedad han prosperado, es cuando han sido *asociaciones*, cuando han elegido sus individuos, y desechado los que no estaban acordes con su objeto. Pero desde el momento en que tienes que tomar á la humanidad como es; desde el momento en que tu asociacion tiene que recibir al holgazan y al derrochador, al vicioso y al criminal, al estafador y á la prostituta, la armonía no existe, los movimientos acordes cesan, los esfuerzos obran en distinto sentido, la fuerza es necesaria contra el que ataca el derecho, y las cosas van mejor ó peor, pero van siempre lejos de ese ideal de perfeccion armónica que te ofrecen con sus ingeniosas combinaciones los que te engañan ó se engañan á sí mismos desconociendo la naturaleza humana. Observa lo que pasa á tu alrededor, y sabrás lo que pasa en tu patria y en el mundo todo relativamente á la cuestion que nos ocupa. Entre tus vecinos y conocidos hay personas honradas y pícaros; hombres laboriosos y holgazanes; esposas, madres ejemplares, y mujeres livianas; grandes malvados y ejemplos de virtud rara. ¿Te parece que hay constitucion política, ni organizacion económica que pueda hacer que naturalmente se pongan de acuerdo elementos tan desacordes? No des oídos, Juan, á ese charlatanismo filantrópico y pseudo-científico, que despojado de su oropel y hoja-

rasca, queda reducido á que con partes imperfectas se puede hacer un todo perfectísimo, que el compuesto no participe de la naturaleza de los componentes, que es lo mismo que si te dijeran que tres y tres son ocho.

Cuanto menor sea el número de malos y menos maldad haya en ellos, el mal de la sociedad será menor. ¿Hasta dónde podrá disminuirse? ¡Quién lo sabe! Yo creo que mucho, porque creo en el progreso como en una ley de Dios. Yo veo esta ley en el universo todo, y la siento en mi conciencia, donde halla eco aquella voz divina que nos ha dicho: *Sed perfectos*. No creas, Juan, que este siglo es peor que los otros siglos, ni tú mas perverso que los hombres de las generaciones que te han precedido. Esta idea desconsoladora, tan propia para contribuir al mal que afirma, es errónea; á la luz de la razon me parece absurda, y casi impía ante los resplandores de la fé.

¿Y tantos crímenes? ¿Y tantos horrores? ¿Y tantas abominaciones? No olvido ni disminuyo uno solo, Juan. Todos llegan en forma de dolores á mi corazon, que siente su magnitud, mas dispuesto á exagerarla que á disminuirla, porque amo á la humanidad, porque con ella siento y con ella sufro, y porque todas sus imperfecciones, que son las mias, vibran en mi alma como otras tantas desdichas. Los tiempos son de lucha; tripulamos un bajel donde se da recio combate. El humo de la pólvora no deja ver el cielo; los gritos de guerra y las blasfemias no dejan oír las plegarias; la brújula y el timon son inútiles; piloto y timonel han empuñado las armas, y se confunden con los combatientes. ¿Quién es capaz de saber en aquel momento si el barco marcha ni á dónde va? Cuando lo recio del combate cese, cuando cada uno vuelva á su puesto, y el piloto se oriente, verá que, aunque poco, algo ha marchado en la direccion del puerto. El mal disminuye; se nota por muchas señales; pero es difícil ver que baja la marea durante la tempestad. En medio del combate estamos; con desencadenada tempestad tenemos que luchar; pero en los breves instantes que nos dejan para tomar aliento, volvamos los ojos á la luz de la verdad, que ninguna nube puede oscurecer completamente, y escuchemos su voz, que ningun grito puede ahogar. La voz de la verdad es severa, pero no aterradora; nos acusa, pero no nos calumnia; nos señala el peligro, pero no nos

acobarda; nos infunde temor, pero no nos quita la esperanza, que, como ella, viene de Dios. Ni nuestro siglo es el mas perverso de los siglos, ni nuestra generacion la mas perversa de las generaciones; las futuras le harán justicia, y dirán: *La época mas perversa no es la que se agita y se estravia buscando el bien, sino la que se reposa en el mal.* Los rugidos de las olas embravecidas aterran mas, pero no son mas fatales que las emanaciones invisibles, silenciosas y mortíferas de las aguas estancadas.

Seguramente los progresos morales no corresponden á los materiales; es menos dificultoso perforar las montañas que desencastillar los egoismos; las costas se iluminan mejor que se desvanecen los errores; la palabra llega mas fácilmente á los antípodas, que la verdad á los obcecados; y los mares ofrecen menos resistencia que las pasiones. Un descubrimiento hecho en cualquier pais, se aplica inmediatamente á todos los otros. Lo mismo marcha la locomotora y funciona el telégrafo en España que en Inglaterra, en América que en Asia. Pero una forma política, una institucion social, una idea benéfica, realizada en un pais, ¡qué de dificultades, de imposibilidades á veces, para realizarse en otro, y cómo lo que es bueno para un pueblo hace mal al que quiere imitarle imprudentemente! La materia es en todas partes la misma, el hombre varia; y no se pueden importar las virtudes como el material para las vias férreas. El progreso de las cosas se comunica inmediatamente, puede decirse que vuela sin tardanza por toda la tierra; el progreso de las personas camina lentamente, y cada pueblo se va asimilando con mas ó menos trabajo, segun sus disposiciones, pero siempre con gran dificultad. Hemos de convencernos de las muchas que tiene que vencer el progreso en el orden moral para no extrañar ni desanimarnos porque sea tan lento. Para un pueblo lo mismo que para un individuo, es mas fácil hacerse rico que emplear bien las riquezas; ser sabio que ser santo.

Conviene, Juan, que nos detengamos todavia un momento en esta digresion sobre el progreso, porque debes guardar un medio entre dos extremos igualmente perjudiciales. Unos te hablan de la perversidad humana, cada vez mayor, y que debe conducirnos indefectiblemente al abismo; otros de la perfeccion del hombre, que pintan como un semi-dios, y que para convertir la tierra

en un paraíso, no necesita más que poner en práctica unas cuantas teorías: los primeros producen el desmayo del desaliento ó las orgías de la desesperación; los segundos llevan á la rebelión del orgullo, á las iras de la soberbia, á los atentados del amor propio convertido en pasión ciega; y todos nos extravían, auxiliándose, sin saberlo y sin quererlo, en la tarea desdichada de apartar al hombre de la verdad, y mermar sus fuerzas para la lucha. El desesperado de su porvenir, y el soberbio que quiere imponer su voluntad como ley del presente, por distintos caminos van á caer juntos en la sima de la culpa, ó en las angustias de la impotencia.

No escuchemos á los que nos dicen *todo*; ni á los que nos dicen *nada*; oigamos la voz de nuestra conciencia, penetremos en nosotros mismos, donde hallaremos cosas malas y cosas buenas, á veces cosas viles y á veces cosas sublimes. Seamos humildes recordando lo bajo que hay en nosotros; seamos dignos viendo lo que en nosotros hay elevado. Este conocimiento de nosotros mismos hará que no nos desvanecemos con esperanzas locas, ni nos desalentemos con terrores vanos, y nos dará la dignidad modesta y perseverante, que necesita cada hombre para alcanzar la mayor suma posible de bien, y la humanidad entera para realizar sus altos destinos.

Para saber si la humanidad progresa, te harán largas relaciones de aumento de riqueza, y fabulosos relatos de los istmos abiertos á la navegación, de las montañas perforadas, de la tierra que abre sus entrañas, y de los mares que dicen al abismo «deja pasar la palabra del hombre.» Todo esto es grande y bello, ciertamente, pero con todos estos adelantos podría no haber progreso. Yo tengo otra medida para apreciarle; yo les pregunto á los hombres: *¿os amais mas que vuestros antepasados se amaban?* Si me responden que no, retrógrados son ó estacionarios; si me responden que sí, han progresado. La obediencia á la ley de amor, esta es la medida del progreso; las demás cosas no tienen más que una importancia secundaria.

Partiendo de esta verdad, que es para mí evidente, leo la historia, veo que los hombres se aman más cada vez, y concluyo de aquí que la humanidad progresa. ¿Y la guerra? dicen los que lo niegan. ¿Cuándo se ha visto una mortandad tan horrible como en

la guerra franco-prusiana? ¿No es esto retroceder á la barbárie? ¿Dónde está el progreso?

Podría responder que la guerra es un hecho social, que tiene su valor, pero no único ni absoluto; que una sociedad, como un hombre, no se puede juzgar por una acción, sino por el conjunto de todas las de la vida; y que para pesar los merecimientos del mundo moderno, si en un lado de la balanza se pone el crimen de la guerra, del otro deben echarse las virtudes de la paz. Pero no quiero usar de mi derecho; prescindo de los poderosos argumentos que me ofrecen tantas instituciones humanitarias, tantos establecimientos benéficos, tantas legiones de criaturas consagradas á consolar el dolor bajo todas sus formas, como presentan los pueblos modernos, y de que no tenían idea los antiguos. Podría preguntar á esa Edad media qué hacía de sus niños espósitos, de sus enfermos, de sus miserables, de sus encarcelados, de sus débiles todos, y arrojar la verdad de su respuesta, como un argumento sin réplica, al rostro de los que faltan dos veces á la justicia, calumniando á su siglo, y suponiendo en otros una perfeccion imaginaria.

No quiero hacer uso de ninguna de estas legítimas armas; acepto la guerra como si fuera el único hecho por donde puede medirse la moralidad y el progreso de los pueblos; y enfrente de esas máquinas poderosas de destruccion, de esas nubes de fuego y de esos campos, cubiertos en minutos de muertos, heridos y meribundos, afirmo el progreso.

Ante todo, Juan, es preciso no equivocar la *guerra* con el *combate*. Es de ley natural que dos pueblos lo mismo que dos hombres, desde el momento que llegan á las manos, hagan á su enemigo todo el daño necesario para impedir que él los dañe, que en lo recio de la refriega suele ser todo el daño posible. La moralidad de dos combatientes, sus buenos sentimientos, han de juzgarse por lo que han hecho para evitar la lucha; por los móviles y propósitos que á ella los conducen; por el uso que hacen de la victoria, y cómo tratan al enemigo vencido; porque pretender que durante la pelea no dén tan duro y tan recio como puedan, es intentar una cosa insensata, que no podrá realizarse, mientras el hombre tenga el instinto de la propia conservacion. Teniendo esto muy presente, prosigamos.

La guerra en las sociedades antiguas y en la Edad media, era un estado permanente; en el mundo moderno, es un estado excepcional.

La guerra en las sociedades antiguas, era un recurso; en los pueblos modernos, es una calamidad.

La guerra en las sociedades antiguas, era casi el único medio de comunicacion, la única manera de influir y modificarse mutuamente; en los pueblos modernos interrumpe las comunicaciones, los aísla, ofrece obstáculos á la influencia que unos ejercen sobre otros.

La guerra en las sociedades antiguas era de exterminio, arrasaba las ciudades, inmolaba los habitantes, destruía los imperios; la guerra en los pueblos modernos es destrucción, pero no exterminio, deja en pié las ciudades y los reinos, y terminado el combate, respeta la vida de los enemigos.

La guerra en las sociedades antiguas no tenía ley moral ni freno, seguía las inspiraciones de la ira y de la venganza; la guerra en los pueblos modernos tiene leyes, y el honor y la humanidad no levantan su voz en vano.

Hoy los combates son mas sangrientos; pero como las campañas son mas cortas, la guerra hace menos víctimas y produce menos estragos materiales.

Esto en el órden material; en el moral, el progreso es tal que sirve de consuelo al ánimo, afligido por el espectáculo de tantos horrores. El grito del mundo antiguo era *¡ay de los vencidos!* El del mundo moderno es: *¡Los enemigos heridos son hermanos!* La muerte del vencido era un derecho, el cautiverio una gracia, el rescate un privilegio. Hoy se cura en el mismo hospital el vencedor y el vencido; la vida del prisionero es sagrada; se le cuida y se le atiende con humanidad; y si en la última guerra han sufrido cruelmente, fué por imposibilidad material, á causa de su extraordinario número, no por falta de buen deseo.

Hoy, auxiliar á los enfermos y heridos del enemigo hallados en el campo de batalla, es cosa de que no se hace mención, porque es la regla. Mira cómo este mismo hecho se calificaba hace dos siglos.

Cárlos v, emprendió el sitio de Metz en mala estacion, y el Duque de Albá se vió obligado á levantarle, dejando muchos en-

fermos. Un testigo ocular, Vieilleville dice: «...los grandes desastres que vimos en el campo del Duque de Alba eran tan horribles, que no había corazón que no pareciera que iba á estallar de dolor. Hallábamos á los soldados de diversas naciones, como en rebaños, mortalmente enfermos y echados sobre el codo: otros sentados sobre grandes piedras, con las piernas metidas en el fango, heladas hasta las rodillas, clamando misericordia y pidiendo que los acabasen de matar. Entonces el Duque de Guisa ejerció una gran caridad, porque hizo llevar más de sesenta al hospital para que fuesen curados. A su ejemplo, los príncipes y los señores hicieron lo mismo, de modo que se sacaron más de 300 de esta horrible miseria, pero á la mayor parte fué preciso cortarles las piernas que estaban heladas.»

Salignac, historiador del sitio de Metz, al referir el hecho, añade. «Con esto el Duque de Guisa, añadió á su nombre, ya muy grande por otras acciones, esta tan humana, QUE INMORTALIZARÁ SU MEMORIA.»

«La humanidad de los franceses causó tal asombro y resonó de tal modo por todas partes, que estando en el sitio de Theroanne, y próximos á ser hechos pedazos conforme al derecho de la guerra en aquellos tiempos, les ocurrió gritar dirigiéndose á los españoles sus vencedores: ¡Acordaos de la caballería de Metz! ¡Buena guerra, compañeros! A este grito, los caballeros españoles que formaban la cabeza de la columna de asalto, salvaron á los soldados, señores y caballeros, sin hacerles ningún mal, y los recibieron todos á rescate» (1).

Es decir, que immortalizaba su memoria un caudillo por un hecho que hoy es tan común que nadie hace mención de él. El que recogía hace dos siglos á los enfermos abandonados en el campo de batalla era un héroe: el que no lo hace ahora es un hombre cruel, y se le vitupera, y se clama contra la infracción de los tratados. En memoria de una acción heroica, se concedía como favor el rescate, que ya nadie tiene la imprudencia de pedir, es decir, que se tenía como gracia lo que en la época presente nadie piensa en imponer como castigo. ¡No hay progreso, y

(1) Brantôme, Hommes illustres, Guise le grand.

progreso grande, aun en la guerra. ¿No hay más amor entre los hombres aun en medio de ese acceso de ciega ira que se llama guerra?

En la guerra, que antes era todo cólera, ódio y venganza, hay ahora perdon y amor así que cesa el combate. ¿Te parece pequeño progreso? ¡Y cuán inmenso y consolador es el que ofrecen los pueblos que no toman parte en la lucha! En el mundo antiguo, enemigo y extranjero eran lo mismo; no habia mas que una palabra para expresar cosas que son hoy tan diferentes; acabas de ver á las naciones mandar sus hijos y sus tesoros al campo de batalla extranjero. No ha habido pueblo civilizado que no envíe el tributo de su amor y las lágrimas de compasion á la lucha sangrienta; apenas se han abierto las puertas de París hambriento, han entrado los convoyes de comestibles que le envia Lóndres; hay una institucion bendita que nació ayer, que ya es grande, que en breve será inmensa, y que se llama *la caridad en la guerra*, es decir, el amor enfrente del ódio, el bien enfrente del mal. Es de ley divina que cuando el mal y el bien se ponen enfrente, el bien acaba por vencer; la caridad triunfará de la guerra: lo difícil, lo que parecia imposible, era que entrase en ella; pero habiéndose abierto paso hasta las entrañas de la fiera, concluirá por encadenarla. ¿Qué importa el fusil de aguja, ni las ametralladoras? La guerra no sale de los parques ni de los arsenales, sino del corazon del hombre; y el día en que los pueblos se amen, las armas, perfeccionadas ó no, poco importa, caerán de sus manos.

Ya lo ves, Juan, aun en la guerra, aun en ese movimiento de ira, que es la ocasion más desfavorable para juzgar á los pueblos como á los hombres, aun en la guerra hay progreso, porque hay aumento de amor, disminucion de ódio, y perdon en lugar de venganza.

No calumniar el pasado ni desesperar del porvenir, me parece un punto de partida necesario para ver con claridad y obrar con justicia en el presente: esta es la razon por que he insistido en afirmar la ley del progreso, y en recordarte la virtud de la esperanza, que no en vano se ha puesto al lado de la caridad y de la fé.

CONCEPCION ARENAL.



SECCION HISTÓRICA

EL TRABAJO Y LOS TRABAJADORES EN LONDRES

Una carta de Londres publicó algunos datos importantes sobre las condiciones del trabajo en Inglaterra y su distinta remuneración en lo que va de siglo, creyendo con razón que esto debe interesar al público en los momentos en que las cuestiones sociales están sobre el tapete. A principios del siglo, la introducción de las máquinas y el alto precio que alcanzaron las subsistencias por la guerra continental y por el sistema económico inglés, había hecho muy triste la situación de los obreros británicos que apenas ganaban 30 rs. por semana.

Ya antes de mediados de siglo el nivel de los salarios en los obreros de tejidos era de cuatro duros á la semana. En estas fábricas los precios han variado poco, siendo el término medio para los hombres, de cinco duros por semana, y de dos y tres para las mujeres. Los jornales han permanecido también casi estacionarios para los trabajadores del campo en Inglaterra; pero en cambio han subido extraordinariamente las industrias de la albañilería, de los hierros y de las minas de carbon. Los albañiles, que hace veinte años trabajaban diez horas y ganaban tres reales por hora, hoy sólo trabajan ocho horas y media al día y reciben mayor salario.

En la industria de los hierros los salarios han subido en un 50 por 100, y los mineros han llegado á ganar por año 10,000 reales siendo hoy el término medio de sus jornales de 30 á 35 reales. Hay, sin embargo, muchas minas en que no llega á 20, y esta carestía de la mano de obra es lo que ha producido principalmente el alza de los carbones. Fuera de este artículo que tanto ha encarecido, los obreros ingleses, así en la ciudad como en los campos, tienen la gran ventaja sobre los del continente, de que gracias al sistema comercial que rige en la gran Bretaña, y al especial cuidado que ponen su Gobierno y su Parlamento en mejorar la situación social de las clases pobres, los artículos de primera necesidad, están hoy más baratos que á principios de siglo.

El pan cuesta la mitad que en 1810; las carnes, si bien han encarecido desde 1870, están más baratas que en 1820; el té, alimento tan necesario en este país, ha bajado la mitad, y lo mismo las velas. El gas, que empieza á emplearse mucho en las chimeneas, era baratísimo ántes de la última subida de los carbones. La manteca, la cerveza, el queso y, sobre todo, el alquiler de las casas, han subido. Pero hay gran diferencia entre la manera como está hoy alojado el pueblo y su triste situación en el siglo pasado en los barrios infectos y estrechos del antiguo Londres. Cuando se sale del centro de la ciudad se ven pueblos enteros que constituyen su prolongación en el espacio de muchas millas. En medio de los campos hay filas eternas de pequeñas casas todas iguales, constando de dos pisos con su puerta independiente y algunos metros de jardín detrás ó delante.

Esta série de poblaciones que hacen de Londres una ciudad de tres millones de habitantes, se enlaza con la City, centro de los negocios, con el Támesis ó con los parques por medio de numerosas y excelentes líneas de ómnibus y por el ferro-carril subterráneo ó las tram-vías, donde hay asientos desde uno hasta seis peniques. El trabajador, la joven obrera, van y vuelven á su faena en estos vehículos, que casi todos pasan por su puerta; pero la noche y el domingo toda la familia se reúne y tiene su casa independiente.

Hé aquí ejemplos dignos de aplauso y medios prácticos de atender á la suerte y bienestar de los trabajadores.

LA LEY INGLESA DE PROTECCION AL TRABAJO

A propósito de esta ley es digno de notarse lo siguiente:

En Inglaterra parece que se levantó no ha mucho grande agitación contra la ley de proteccion al trabajo, que es ley adversa á la Internacional; y esto por un incidente inesperado.

Diez y siete mujeres de la parroquia de Chipping-Norton quisieron oponerse con gritos, injurias y amenazas á que trabajadores extraños ocuparan en una alquería los puestos de sus padres, maridos ó hermanos, que se habian declarado en huelga. Reducidas á prision y juzgadas despues por un tribunal compuesto de magistrados, que ademas eran ministros de la Iglesia anglicana, fueron condenadas á unos cuantos dias de cárcel, con aplicación á trabajos forzados.

Los interesados quisieron libertarlas, y sus tentativas dieron lugar á un verdadero motin en el que prevaleció la autoridad, como era consiguiente; pero las mujeres, entre las que habia algunas criando, fueron trasportadas de noche, en carretas y con un tiempo frio, á la cárcel de Oxford. A poco fueron puestas en libertad, lo cual no ha obstado para que en el condado de aquel nombre reine grande excitacion y se anuncien en el Parlamento de Lóndres muchas interpelaciones.

Aunque partidario de la ley susodicha, *The Times* ha vituperado la sentencia, demasiado rigorosa, del tribunal de Chipping-Norton, y sobre todo la manera con que se ejecutó. Pero ya era demasiado tardé para reparar el mal causado. Los delegados de la Union nacional de los trabajadores agricultores se reunieron en Leamington, bajo la presidencia de M. Dixon, miembro de la Cámara de los Comunes, y se ocuparon en el asunto, como era de suponer. El famoso M. Arch, presidente de la Union, condenó el procedimiento en términos violentos, terminando por adoptarse una declaracion contra los jueces y pidiendo que se retirara la ley susodicha.

Despues de la reunion hubo un *meeting*, en el que se leyeron cartas de personajes importantes, entre otros M. Bright y el mismo M. Gladstone, en favor del movimiento. Este último, manifestando que por su posicion no podia asistir á reuniones de aquel carácter, decia que su deseo era ver reinar la armonía entre los propietarios y los trabajadores.

Bien claro se ve, en lo que precede, la importancia que en Inglaterra se otorga á los menores accidentes de las cuestiones sociales y gubernativas y con cuanto vigor y prevision se reprimen los conatos de trastorno y subversion contra la sociedad y sus leyes.

He ahí porqué se libran de muchos males, que reinan en otras naciones.

PERIODICO DEMAGOGICO

MEDIOS EQUIVOCADOS

Un nuevo diario comenzó no ha mucho á ver la luz en esta capital. Tenia interés para nuestros lectores y para el público de Es-

pañá. Se titulaba *El Petróleo*. Sus consecuencias y las de otras instigaciones y criminales tolerancias, ya se han visto en Andalucía y en las infortunadas ciudades de Alcoy, Cartagena y Valencia.

Como *La Correspondencia* se llama *eco imparcial de la opinion y de la prensa*, *El Petróleo* se consideraba *eco y esperanza de los miserables*. Su director era un herrero; sus redactores un ebanista y un soldado; y sus colaboradores «todos los españoles que tienen hambre;» así al menos lo anunció al frente del número de que vamos á dar una ligera idea á nuestros lectores.

El Petróleo no queria que se le confundiera con *Los Descamisados*, manifestando la sospecha de que este último periódico no estaba escrito por personas que carecían de lo necesario, sino por gentes de otra clase.

Aun cuando la palabra *petróleo* dice lo bastante para que se comprenda quiénes son y qué querían el herrero, el ebanista y el soldado, que abandonando respectivamente los talleres y el cuartel se lanzaban á la vida de la prensa, los redactores del nuevo periódico se creían obligados á expresar sus aspiraciones de este modo:

«Somos los miserables, que hartos ya de tener la cabeza inclinada y la gorra en la mano, venimos á pedir un asiento en la mesa del festin.

»Tenemos camisa, no siempre limpia, porque la atmósfera del taller es ménos perfumada que la de los salones. Pero tambien tenemos hambre, hambre que ya no se satisface con las migajas: por eso queremos ahora ser los primeros en el banquete; que bastante tiempo hemos sido los últimos.

»Nuestra bandera no es la de la *Internacional*: amamos la familia, y no queremos el mal de nadie, si no el bien de todos; *el bien, repartido equitativamente*.....

»Para nosotros no hay hombre necesario ni talento indispensable. La experiencia nos ha hecho ver que todos los *héroes* que se han juzgado y se juzgan necesarios para resolver todas las crisis políticas, fueron y son pícaros disfrazados de corderos, ó nulidades funestas á la patria.

.....«Nuestro ideal, que es el ideal de la razón suprema, vendrá á cumplirse naturalmente apoyándose en el derecho de la *fuerza*, que es el único derecho sancionado por la necesidad, madre de las leyes.

»Y si la fuerza material nos falta, si no podemos venir como triunfadores, entonces vendrá lo que tanto temen los favorecidos, vendrá el *petróleo*, no sólo á realizar la obra de exterminio; sino á cumplir con ella un acto de sacrosanta justicia.»

En la cuarta plana de ese número de *El Petróleo* se lee:

«La nivelacion! ¡La nivelacion por el hacha y por el fuego! Esto pide á gritos la ultrajada dignidad de los proletarios.»

—«Los ricos, oliendo la quema con su proverbial olfato, emigran á bandadas al extranjero. Con este motivo ponen el grito en el cielo los periódicos conservadores. A nosotros, lejos de parecernos mal, nos parece muy bien la determinacion de los que se marchan. Si todos sus iguales hicieran lo mismo, no habria necesidad de derramar ni una gota de sangre, porque mientras ellos correrian el mundo copiando paisajes, nosotros nos repartiriamos pacíficamente sus bienes; y el acto de justicia se realizaria en paz, sin ruido y sin humo.»

—«Con el advenimiento de la república ha caido la intranquilidad en el seno de muchas honradas familias. Los cesantes de la Casa Real, los que han servido á la patria ahorrando lo posible en un fielato ó en una aduana, los que tienen *derechos adquiridos* por haber comido á la mesa del presupuesto 20 ó 30 años, todos andan en un pié, temerosos de que se les limpie el comedero. Las clases pasivas, la huérfana del coronel X, y la viuda del intendente H., todas estas honradas familias, que porque sus abuelos sirvieron al Estado, vienen comiendo del Estado hasta la cuarta generacion, tiemblan por el porvenir de su rentita.

»¡Ah, buenas gentes! Si la república no corta vuestras cuentas, ya cuidaremos nosotros de cortaros algo más.»

No parece sino que todas estas inicuas predicaciones van teniendo su horrible ejecucion y cumplimiento.

A nosotros nos parece que, así como cree *El Petróleo*, y con razon, que *los descamisados* no escriben el periódico que lleva este título, tampoco debe creerse que *los petroleros* escriben el que lleva su nombre.

Y añadiremos, que esa guerra hecha con ascuas encendidas es muy peligrosa para todos, incluso las manos que las cogen y las arrojan.

Estamos en tiempos graves, en que debe decirse y defenderse la verdad muy seria y enérgicamente. Imponerse por la sinceridad, por la lógica, por la severidad del juicio, de los sentimientos, de las costumbres: tal es la mision y el deber de los hombres animosos y honrados.

La sátira y el sarcasmo de ese género, que matan á otras situaciones, son intempestivos, inconvenientes é ineficaces ante la demagogia y la fuerza, y ante el horrible y conmovedor espectáculo de las ruinas y la sangre.

CIRCULAR Ó MANIFIESTO

del nuevo consejo de redaccion de «La federacion»

He aquí el nuevo documento, curioso como todos los suyos, que nos regala en su número de 6 del actual Setiembre «La Federación» periódico internacionalista de Barcelona, en el cual notamos sin embargo algun decaimiento.

Compañeros: Al encargarnos de la redaccion del órgano de la Federación barcelonesa, hemos creído de nuestro deber hacer constar que nuestra misión en lo sucesivo ha de ser concretarnos en un todo á los acuerdos y resoluciones de los Congresos internacionales y regionales, como igualmente á los de la Federación local.

Faltaríamos al deber, si no declarásemos, al contraer nuestro compromiso, que defenderemos, como hasta aquí se ha hecho, la pureza de las teorías colectivistas y anárquicas, esforzándonos en difundir mas y mas la luz de la Verdad, la Justicia y la Moral.

Nuestro deber es no mezclarnos ni pactar por nada ni para nada con ningun partido de procedencia burguesa ni de ninguna otra clase extraña al proletariado, porque estamos convencidos que la obra de los trabajadores no puede ser obra de nadie mas que de los trabajadores mismos.

Inútil consideramos pensar, ni por un momento siquiera, que los que no tienen interés en nuestra emancipacion, los que con nuestra explotacion viven, vengán á contribuir (revolucionariamente hablando) á que nosotros podamos mas pronto poner término á las calamidades que sobre nosotros pesan.

¡Y cómo pensar esto cuando diariamente vemos mas claro cómo piensa y qué pretende toda esa falange, que empieza su carrera de medro, su emancipacion individual, halagando al pueblo, diciéndole lo que no siente, ofreciéndole para el día que él se emancipe días de prosperidad y de ventura, que luego se tornan en amargo llanto!

No; nosotros no podemos ni debemos ya fiar á nadie nuestra comun obra, y solo nosotros los trabajadores todos debemos consagrarnos á ella.

No podemos ni debemos por mas tiempo dar vida á las infinitas fracciones de que se halla compuesta la clase media, porque tanto cuanto apoyo las prestemos, tanto mas tardaremos en realizar nuestra obra; ellos necesitan de la descomposicion, de la barahunda, de la ley de la fuerza (y á esto llaman orden), porque con este *orden*, con esta *armonía*, es como ellos pueden satisfacer sus aspiraciones, que jamás podrán probar ni que son justas ni morales.

No es moral el orden de privilegios que sustentan, todos fundados en el gravámen, ni es armónica la diversidad de intereses que cada una de ellas sustenta; no es verdad por esto, que ellos puedan jamás establecer el orden ni conseguir la armonía.

Uno y otra están basadas en otro orden de cosas distinto, y este orden reclama la abolicion completa de la organizacion presente, sustituyéndola por la de *libres federaciones* y completa autonomia.

Creiendo, pues, que de este modo interpretamos fielmente las aspiraciones de todos nuestros hermanos, á este plan nos sujetamos, esperando, sin embargo, que las secciones todas nos llamarán la atencion tan pronto como se aperciban que nos separamos en algo, deseando como todos, que cuanto antes podamos plantear sobre la tierra la ANARQUÍA Y EL COLECTIVISMO.

Salud y Revolucion Social.

EL CONSEJO DE REDACCION.



CRÓNICA Y VARIEDADES

LOS ENEMIGOS DE LA CARIDAD.

EL CUARTO ENEMIGO.

No deja de causar enojo el haber de hablar tan repetidamente de los enemigos de una virtud, que por sí no reconoce ninguno y que derrama por todas partes á manos llenas sus inagotables beneficios. Y, sin embargo, los enemigos que la caridad tiene son muchos; y hay que hablar de ellos, para que cada cual pueda conocerlos, y á tiempo precaverse, y con denuedo combatirlos.

Uno de ellos, y no de los arteros ó insidiosos, si no de los abiertos y declarados, es la *ira*. Cual rápido fulminante rayo apodérase de nuestra razon por momentos; y en ellos no hay discurso ni circunspeccion ni comedimiento que basten á detener el impulso irreflexivo del ánimo colérico. No parece sino que el hombre pague tributo, en tales ocasiones, á la parte baja de su material organismo. Por la agudeza de un dolor físico, por súbito infortunio, por alguna contrariedad, por irreflexiva impaciencia, altérase el temperamento, irritase la sangre, y queda el espíritu presa de ímpetus puramente animales, que producen turbaciones y degradan al alma, cuando se deja sorprender y arrastrar por ellos.

¡Triste destino el del hombre iracundo!... Si en un acceso de su rabia insensata contemplais su actitud agresiva, su crispada mano, su descompuesto semblante, sus ojos ensangrentados, su palpitacion

violenta, su acento enronquecido, su breve y punzante frase, y sus atropellados conceptos, os causará miedo, si sois pusilánimes, y espanto y compasión siempre, aunque seais esforzados.

En aquel ánimo enfurecido no se reconoce, en verdad, el rayo tranquilo de la inteligencia, ni la nobleza del sereno pensamiento ni la dignidad sublime que dimana de la imágen y semejanza de Dios. ¡Ah! la imágen y semejanza de Dios queda en tales momentos desdichadamente borrada; y la bestia ó la fiera vienen á reemplazar al hombre.

A la funesta aparicion de la ira, lo primero que del alma se ahuyenta es la prudencia, maestra y guía de la razon; más no dijimos bien *lo primero*, porque á la vez con ella aléjase también con ligero paso la dulce y noble Caridad. ¿Cómo esta reina de los puros amores, cómo esta madre de la abnegacion y la paciencia, ha de morar en el ánimo conturbado y sacudido por las borrascas de la ira? El hombre encolerizado desecha las dulces y generosas inspiraciones: juzgalas debilidad, y como indignas las repudia; que solamente reputa grande lo que es feroz ó dañino, lo que place al instinto de destruccion ó venganza que le ciega y perturba.

Inútil sería, mientras duran tan inquietos y deplorables accesos intentar que á la razon ofuscada llegue la voz saludable del consejo ni el benéfico llamamiento de la caridad sublime. Hay que hacer lo que la frase vulgar dice, y la experiencia confirma: «dejar pasar la tormenta:

¿Cuántas veces una esposa aflijida, una madre consternada, una hija temblorosa, piden con lágrimas calma y serenidad al espíritu conturbado de su esposo, de su hijo, de su padre!... Todo en vano: en el empuje de la violencia, séres tan queridos y los íntimos afectos y la autoridad sagrada que consigo llevan, son atropellados y ofendidos, como los troncos jóvenes y añejos en el ímpetu de precipitado torrente. ¿Qué acento de caridad, cual movimiento bienhechor, ha de sentirse en el pecho de donde los mismos deberes sagrados de la más potente eficacia son borrados por la ola turbia y agitada, que del ánimo no precavido en mal hora se desprende?...

El iracundo no solo no será caritativo, pero ni tampoco justo. Y todo lo que, inspirados por la ira, digamos ó ejecutemos, pasará de seguro el límite de la conveniencia, y el deber, del respeto, de la bondad y de la justicia. Cuando en lenguaje vulgar dicese también de un hombre, «es preciso dejarlo, está hecho una fiera;» se expresa una verdad más exacta de lo que ordinariamente se juzga.

Y pues tales son los estragos de una pasión, que degrada y en-

vilece al ser racional que á ella se entrega, no es necesario encomiar la necesidad de andar prevenidos contra sus asechanzas y tiranía. Por más que otra cosa parezca, no hay ser más débil que el hombre iracundo. «No vencerá á nadie, quien no se vence á si mismo,» dice una profunda sentencia, que nunca el hombre logrará falsear. Gran flaqueza la ira, por lo mismo que al inflamar el ánimo lo enloquece y hace que pierda la entereza y plenitud de su direccion y fuerzas morales, para quedar esclavo de apasionados delirios, impide al hombre medir sus palabras, sus esfuerzos y acciones, que siempre deben ser propias y adecuadas al fin sensato que la razon se proponga; medio único de distinguir el proceder del hombre cuerdo, de aquel otro que califica y define al demente ó al idiota. Es, pues, necesario que en aquel ánimo en que hayan de reinar la razon y las virtudes se cierre la entrada á la ira.

Y como la Caridad es en especial virtud, que lejos de consentir que el alma se goce en la destruccion ni la venganza, ni en género alguno de daño, se ocupa por el contrario del mal que los hombres sufren para remediarlo en cuanto puede; y en vez de hacer derramar lágrimas, solo piensa en enjugarlas; y en vez de verter sangre, va restañando heridas; y en vez de causar aflicciones, consuela al afijido; y en vez de derribar fortunas, famas y honores con la irritacion de palabras descomedidas ni de acciones descompuestas, honra por el contrario á todos, alaba las acciones buenas, gime en silencio por las malas, y á todo el mundo enaltece, y llena de júbilo levanta el nivel de la humanidad ó de aquella parte de ésta, por cuyas venas su espíritu circula; resulta que no puede existir enemigo mayor de la *Caridad* que la *ira*, ni remedio más poderoso contra la ira que la caridad, que es toda bien puro, dulzura inefable, y noble y santa *mansedumbre*.

Hay, es cierto, movimientos *primeros*, como dicen los moralistas, que no pueden evitarse: hay movimientos de indignacion y palabras de ira que se escapan de los labios. Si tales movimientos y palabras son, como acontece acaso, protesta y condenacion contra la maldad ó la injusticia, que á nuestros ojos pasa, ó llega á nuestros oídos; quién confundirá el arranque de justa y enérgica reprobacion contra un proceder injusto, sobre todo, si no es en causa propia, con la fea y no poco egoista pasion de que hablamos? Si tales palabras y movimientos son hijos de impensada vehemencia, nacida al calor de enardecido coloquio, ó de agitada y no inmoral empresa, de esós dice un espíritu elevado, lleno de ciencia y de sagrada inspiracion: «cuando os sintais airados no querais pecar.» Y

añade: «el sol no se ponga sobre vuestra ira (1)» enseñando con tan bellas reglas de la siempre pura y sublime doctrina cristiana, que el reposar del ánimo sobre tales movimientos involuntarios, es lo que pervierte y daña y se debe con resolución pronta y enérgica evitar cada día.

Si por un instante suponemos que hay sociedad, pueblo, familia, ó grupo cualquiera de personas que pasan la vida en estrecho y continuo trato, y están avasallados, todos á la vez, por la fiera pasión que en estas líneas combatimos, imagine el lector, si puede, el cuadro infernal y horrendo que ofrecerá la existencia de tan miserables séres. ¡Sin reposo, sin seguridad, sin justicia, sin clemencia, sin calma, sin prevision, sin prudencia, la vida de los que la conserven será un milagro de cada día; la sangre de los que la vieran será para otros un pregon de venganza; el ademan colérico excitará al hecho brutal; la palabra ofensiva multiplicará las reciprocas ofensas; la fama herida hallará recompensa en herir otra fama; ninguna palabra será inocente, ninguna intencion recta, ningún acto plausible; á la injuria responderá la injuria, al denuesto el denuesto, á la provocacion el golpe, á la sangre la muerte, á la violencia el exterminio!

En cuadro tan horrible ¿qué lugar quereis que tenga la caridad?... Huirá llorosa, cubierto el bello rostro con ambas manos; y no volverá al sitio funesto, sino el día en que cese el tristísimo reinado de la *ira*, madre de la *discordia*, que ennegrecieron con nube densa el horizonte de aquella sociedad...

Entonces, si aparecerá, rasgando la opaca sombra con sereno esplendor, la hija del cielo; y á la luz de su divino semblante se apartarán las ruinas, se enterrarán los odios, y renacerán en el triste campo de los furiosos combates las bellas flores de la paz, sin las que la pobre vida humana, siempre sujeta al tributo de los dolores, mas que vida es suplicio y tormento.

¡Tan noble será siempre, tan santa y benéfica, la mision augusta de la caridad sobre la tierra! ¡Tan dañosos y aborrecibles los enemigos que vienen á perturbarla ó ahuyentarla de nosotros!

CÁRLOS MARÍA PERIER.

(1) *Irascimini, et nolite peccare. Sol non occidat super iracundiam vestram.* San Pablo, Epist. ad Efesios, iv, 26.

RENAN

Con mucho gusto insertamos las siguientes sencillas y delicadas observaciones, dedicadas al ruidoso nombre de un escritor contemporáneo:

«Yo Ernesto José Renan os elijo en este día por reina, abogada y protectora mía cerca de Dios y por mi gloriosa madre: tomo la decisiva resolución y el firme propósito de no abandonar jamás vuestro culto y los intereses de vuestra gloria en todo el tiempo de mi vida, y especialmente de no hacer ni decir cosa alguna contra vos, ni permitir que los que dependieren de mí cometan con sus ejemplos y discursos los mas ligeros atentados contra el honor y homenaje, que os son debidos por todos los siglos.—Ernesto Renan.»

Este acto de consagración á María fué escrito de su propio puño en los registros de la congregación de María erigida en el seminario de Freguier su patria.

Siendo de temperamento delicado, su conservación fué siempre considerada como un milagro debido á la intercesión de la Virgen, á la cual imploraba día y noche su buena madre.

Niño aún, dedicaba á la meditación y oración aquellas horas que la niñez suele emplear en los juegos y otras cosas frívolas.

Aspirando al sacerdocio, entró en el referido seminario donde se distinguió por el exacto cumplimiento de sus deberes, una escrupulosa atención, y trabajo constante. Dulce, humilde, afectuoso, modesto, reservado, poseía todas las prendas que forman un buen discípulo y un buen cristiano. Asistía con notable piedad á los actos religiosos y comulgaba tres veces á la semana. Sus maestros lo presentaban como un modelo á sus condiscípulos, de quienes era llamado San Luis por su inocencia y candor. Dos de sus compañeros, Lyard y Gayomar, se le asemejaban en la bondad del corazón y en la dulzura de su trato.

Entró en el gran seminario de San Sulpicio, en el cual se distinguió de un modo particular en el delicado cargo de catequista. Montalembert atraído por su naciente fama, fué un día á oírlo con Lacordaire, y al salir dijo: esto es digno de Bossuet. Su devoción hácia la madre de Dios fué siempre en aumento. El día 2 de Enero de 1844 escribía á un amigo: «He sabido con placer que has sido elegido para prefecto de aquella congregación (de María) cuya memoria me será siempre cara, porque sé que le soy deudor de tantas gracias... Recordando con la mente el pasado, he notado que la gracia que ahora me concede Dios, ha tenido su principio en el ingreso en aquella pia asociación, y estoy muy contento de saber que es mas numerosa y floreciente que nunca... Te ruego, que des á todos los miembros de la congregación la seguridad de que siempre los miraré como á mis carísimos hermanos en María, y que siempre estaré unido á ellos con el corazón y la oración.» Tales eran entonces sus sentimientos. Mas ahora ha abandonado á tan piadosa Madre, que le conservó la vida en su tierna edad, aquella vida que debiera haber empleado entera en su

honor. Demasiado tristemente célebres se han hecho sus obras, y en particular la vida de Jesús.

En su infeliz estado encontró un día por la calle á dos jóvenes eclesiásticos que iban juntos. Un calor-frio impresionó su cuerpo; eran sus dos antiguos camaradas Lyard y Gayomar, sus dos colegas y amigos de Freguier. Notaron estos su penosa sorpresa y quedaron admirados de sus respuestas. «Con que vosotros creéis?» les dijo. Sí, le respondieron, nosotros creemos. Lanzó entonces un suspiro y su semblante se demudó. Entonces sois felices, les dijo, y se separó de ellos visiblemente triste. Comprendió que la felicidad está en la verdadera fé.

Su talento jamás podrá convencerse que sea verdad lo que escribe, y del fondo de su corazón se levantará incesantemente una voz, que le gritará, le avisará, que anda por el camino del error. Todas las clases de la sociedad han protestado contra sus impíos devancos, muchos escritores hostiles al catolicismo han rechazado sus falsos asertos, la Iglesia ha condenado sus sacrílegas páginas; y él, hecho presa de una duda constante, según su propia expresión, lleva impreso en la tristeza de su semblante el sufrimiento que amarga su existencia. Cuántas veces traiga á la memoria aquellos dulces momentos en que allá en el seminario, rico de fé lanzaba de su corazón ardiente amorosos suspiros á María, se estremecerá de horror é inclinará los ojos al suelo, para no ver el azulado cielo que sirve de escabel al trono de esta Señora. Oremos y esperemos. Esperemos en la infinita misericordia de Dios, que de un Pablo perseguidor de la fé hizo un vaso de elección.

Oremos y esperemos en la intercesion de aquella que es Madre de Dios y nuestra, de quien fué en otro tiempo tan devoto y á quien prometió ser fiel. Maria es abogada de los pecadores: esperemos.

(JARDIN DE MARIA.)

F. R.

Congreso internacional de Ginebra. «La Federacion» de Barcelona ha recibido de los delegados de la region española en el Congreso de Ginebra, el siguiente despacho telegráfico:

«Ginebra 3 de Setiembre.

(Recibido por el correo.)

Inauguróse el lunes solemnemente el Congreso. Hay representacion de Bélgica, Italia, Holanda, Inglaterra, Francia, Suiza y España, y adhesion de los Estados- Unidos. El Congreso se ha declarado solidario de los actos de los internacionales españoles. Se ha acordado la abolicion del Consejo general, y ha sido recibido este acuerdo con entusiasmo.

Delegacion Española.»

Desercion de la Internacional. Mas de cuatro secciones enteras de la «Asociacion internacional de los trabajadores» en Barcelona se han separado no ha mucho solemne y definitivamente de ella. En nombre sin duda de esa *libertad*, que cínicamente se propala en medio de las agresiones de la mas brutal y ciega tiranía, otra seccion de las no separadas, la de impresores asociados, ha

publicado y enviado á Madrid una especie de manifiesto, que se ha fijado en las esquinas y que maldita la importancia que tiene para nadie. Claman por la herida los internacionalistas; y protestan de que ellos se mantendrán firmes; achacando según es costumbre (con la ridícula alegación de siempre) á manejos de la *burguesía* aquel suceso; en vez de reconocer en él, como todos al fin tendrán que hacerlo, el desengaño de obreros, en mal hora alucinados, que vuelven á su habitual buen sentido.

El público de Madrid ha mirado con la mayor indiferencia semejante papel, de lo cual somos testigos presenciales.

Pastoral colectiva de los obispos católicos reunidos en Fulda.

Los obispos prusianos, reunidos en Fulda, dirigieron á los fieles de sus diócesis en Mayo último la siguiente carta pastoral colectiva, cuya importancia no es necesario encarecer, pues se manifiesta por sí misma, en razón de la cual la insertamos en nuestra Revista.

«Muy amados en el Señor: Conocéis la situación de la Iglesia y de Jesucristo casi en todo el mundo, y especialmente en nuestra patria alemana.

Muy pronto se publicará una serie de leyes que están en puntos especiales en oposición con la constitución y la libertad de la Iglesia ordenadas por Dios.

Desde el momento en que estas leyes fueron presentadas al Landtag, consideramos como un deber sagrado de nuestras funciones pastorales elevar contra ellas, y muy alto, nuestra voz, dirigiendo al efecto nuestra protesta, así á S. M. como á las dos Cámaras de Landtag. Pero ya habreis notado, amadísimos hermanos y diocesanos, que de ejecutar leyes semejantes debe resultar necesariamente la separación de los obispos del jefe visible de la Iglesia católica, la del clero y pueblo de sus legítimos prelados, la separación de la Iglesia de nuestra patria de la gran Iglesia del Hombre-Dios y Redentor, que abraza todo el orbe; la completa disolución de la organización divina de la Iglesia. Como consecuencia de estas consideraciones claras y justas habeis manifestado á vuestros obispos los grandes temores que os inspiraban, por medio de mensajes y diputaciones, de viva voz y por escrito, y de todas maneras.

Viendo la gravedad de los inminentes peligros de que están hoy amenazados la Iglesia y los pastores, no habeis dejado de unir á estas manifestaciones la sagrada promesa de que, cualesquiera que sean los acontecimientos, permaneceréis inmutablemente unidos al Padre Santo, pastor y doctor comun de todos los cristianos y á vuestros legítimos obispos, y que, del mismo modo que habeis participado de nuestras inquietudes, participareis de nuestros combates y sufrimientos. Estas demostraciones espontáneas, tan sentidas como sublimes, de vuestra fé y vuestra fidelidad á la Iglesia, que hemos recibido de todas partes, son, en medio de las tribulaciones presentes y en vista de las amenazadoras señales del porvenir, causa de la más viva alegría y de los mayores consuelos.

Reunidos para conferenciar solemnemente junto á la tumba de San Bonifacio, os enviamos á todos, con el corazón conmovido, la expresión colectiva de nuestra gratitud por tantos millares de testimonios de vuestra fidelidad. Nosotros los conservaremos como recuerdos queridos de una época solemne, para

siempre memorable en la historia de la Iglesia. Jamás la olvidaremos, porque su memoria es una garantía de vuestra fidelidad inalterable; y os conjuramos á todos, por el amor de Jesucristo, á perseverar en estos sentimientos en todas las ocasiones y á unir la acción á la palabra empeñada. La gracia de Dios no os faltará. El que ha empezado una buena obra la continuará hasta el día de Jesucristo.

Los proyectos de ley no tienen aún validez legal. Suceda lo que quiera, con la ayuda de la divina gracia defenderemos con firmeza y unanimidad los principios expuestos en nuestras Memorias, principios que no son personales, sino que pertenecen al cristianismo y á la justicia eterna; llevaremos nuestro deber pastoral de manera que, al llegar la hora de la muerte, no seamos censurados como mercenarios en el tribunal del divino Pastor que nos ha enviado, y que dió su vida por los suyos.

Recordando nosotros la palabra apostólica de que el Espíritu Santo ha colocado á los obispos para gobernar la Iglesia de Dios redimida por su sangre, y que por consecuencia es de nuestro *deber* inalterable el seguir esta prescripción del Espíritu Santo, no podemos permitir, relativamente al gobierno y á la administración de las iglesias á nosotros confiadas, nada que sea opuesto á los preceptos de la fé católica y al derecho divino de la Iglesia.

Pero vosotros, queridos cooperadores y diocesanos, manteneos firmes por vuestra parte y acordaos que no hay otro obispo legítimo, que el enviado como tal por el Padre Santo y la Sede apostólica fuente de unidad y de toda jurisdicción eclesiástica, y que persevera en la comunión de la misma Sede apostólica. Vosotros no podeis reconocer del mismo modo como legítimos pastores sino á los que hubieren sido juzgados dignos y capaces por los obispos legítimos y que hubieren sido investidos y nombrados por los obispos y que perseveran en la comunión con ellos. Cualquiera otro sería intruso.

Segun la organización que Dios ha establecido en su Iglesia para siempre, no puede darse á nadie, por la ordenación de una autoridad seglar cualquiera, un derecho segun el cual podría apelar en materia eclesiástica al poder civil, y, sin embargo, quedar unido á la Iglesia. Al contrario, procedimiento semejante está castigado con la excomunión en que se incurre por el hecho mismo de tal apelación.

Siguiendo el uso tradicional de la Iglesia, pondremos la decisión de todos los casos dudosos, á la Iglesia concernientes, en manos del Padre Santo, que Jesucristo ha establecido como Pastor Supremo de su Iglesia; y, con la ayuda de Dios, permaneceremos siempre en su comunión y obediencia. Pero también proseguiremos llenando nuestro deber con fidelidad y conciencia hácia los superiores seglares, hácia la autoridad civil y hácia la patria, sin olvidar nunca que lo que Dios desca ver entre ambos poderes, establecidos segun su voluntad, no debe ser la lucha y la separación, sino la paz y la concordia.

Para la defensa de la libertad imprescindible de la Iglesia y de los bienes del cristianismo os recomendamos, además de la firme adhesión á la Iglesia, la franca confesión de la verdad, una vida sin tacha, paciente perseverancia, la sumisión y, sobre todo, como tantas veces hemos repetido, la *oración*, sí, la

oracion más humilde, empeñada, perseverante y confiada á nuestro Dios y Salvador, nuestra única esperanza y nuestro amparo. Porque despues del tiempo en que Constantino el Grande se convirtió al cristianismo y puso fin á las persecuciones tres veces seculares de la Iglesia por el Estado pagano, quizá no haya habido una época en que la Iglesia se haya visto en todas partes tan abandonada de humanos auxilios y tan amenazada de graves peligros como la nuestra. Al decir esto no tenemos presentes solo las pruebas actuales, sino tambien las que el porvenir nos reserva.

Quando la Iglesia de Jesucristo está privada de su libertad legítima; cuando la vida pública, la prensa y la literatura no respiran sino el ódio y el desprecio del cristianismo y de la Iglesia; cuando la juventud es instruida por escuelas y por ciencias hostiles al cristianismo; cuando bajo esta presión disminuye el celo ó es pervertido por el espíritu del siglo, es de temer que la fé, la caridad y la concordia cristianas caigan y desaparezcan allí donde más firmes habian estado hasta hoy en nuestro católico pueblo. Entónces nada habrá que pueda impedir una destruccion, una desolacion, en que no podemos pensar sin estreñecimiento.

Como consecuencia de esto, no tendríamos ya ni inteligencia, ni fé, ni amor; habríamos olvidado por completo las advertencias y amenazas de nuestro divino Salvador, si en estos difíciles y amenazadores tiempos no acudiéramos á la oracion y no os dijésemos á todos en nombre de Jesucristo: «Rogad, rogad todos, rogad sin cesar.»

Salud y bendicion en Nuestro Señor.

Fulda, fiesta de San Atanasio, 2 de Mayo de 1873.»

Firman este documento los arzobispos de Colonia y Posen, el príncipe obispo de Breslau, los obispos de Limbourg, Fulda, Maguncia, Paderborn, Tréveris, Osnabruch, Leuca, Ermeland, Munster, Hildesheim y Culma.

La asamblea de Maguncia á los católicos alemanes. Consecuencia de la anterior pastoral fué la siguiente digna y enérgica circular de la asamblea católica alemana.

«La asamblea general de los comités católicos alemanes ha pesado maduramente, en estos últimos dias, las obligaciones que impone á todos los hombres fieles á la Iglesia y á la patria la situacion crítica en que nos hallamos. Todos sus individuos han tomado la unánime resolucion de defender con enérgia y constancia las libertades de la Iglesia, los derechos de la familia y los del pueblo cristiano.

»La Asamblea general recomienda á todos los individuos de los comités y á todos los católicos alemanes, en la lucha que ha empezado, la fidelidad más completa y generosa hácia aquellos establecidos por Dios para guiarles, es decir, hácia los Obispos y el jefe supremo de la Iglesia, Nuestro Santísimo Padre el Papa. A esta autoridad de institucion divina entregamos la decision de todas las cuestiones de la fé, del derecho eclesiástico y de la vida religiosa. Nosotros no reconocemos otra autoridad en las cosas de fé; y jamás permitiremos á ningun humano poder el legislar y decidir lo que Jesucristo ha legislado y deci-

dido, ó lo que ha ordenado legislar y decidir á sus Apóstoles y á sus sucesores.

»Al hacer esta declaracion, que nos une con alegría á las palabras apostólicas del episcopado prusiano, la Asamblea general está lejos de querer ameiu-
guar el respeto que debe á la autoridad civil: los católicos se han portado siem-
pre como fieles ciudadanos. Por grandes que sean los sufrimientos de los
católicos alemanes, nunca serán arrastrados á cometer una accion contraria al
derecho.

»Si están obligados en conciencia á obedecer á Dios antes que á los hombres,
saben que á la vez deben obedecer á la autoridad civil en las cosas permi-
tidas.

»Pero el amor de la patria, no ménos que el amor de la Iglesia, obliga á los
católicos alemanes á emplear los medios que la ley les deja para reivindicar
con energia sus derechos y la libertad de conciencia. Siempre es culpable la
indiferencia respecto á los negocios de interés público: lo es doblemente cuan-
do, como hoy, se trata de los más preciosos bienes.

»Por eso la Asamblea general suplica con empeño á todos los católicos que
tomen parte con ardor en las elecciones del Reichstag y del Landtag de los di-
ferentes países confederados que deben tener lugar á fines de año.

»Los hombres enviados hasta aquí al Reichstag por los distritos electorales
católicos han combatido con un valor incomparable. La fraccion del Centro ha
sido como el baluarte de la libertad, del derecho, así como el órgano de los más
eristianos sentimientos. Importa que este partido adquiriera nuevos y más nu-
merosos combatientes, y los adquirirá si nosotros todos cumplimos nuestro
deber.

»¡Puedan, pues, todos los católicos de Alemania hacer su deber por com-
pleto en los tiempos difíciles en que vivimos! ¡Recuerden ante todo que nues-
tro auxilio viene de Dios, y acudan por esto á la oracion, como lo piden nues-
tros Obispos! Con este objeto ha colocado la Asamblea á los comités católicos
bajo el patrocinio de los Santos Corazones de Jesús y de María. Si ponemos
nuestra confianza en este Salvador, odiosamente rechazado por nuestro siglo,
no seremos vencidos.

»Maguncia, 5 de Junio de 1873.

»Por la Asamblea general: Félix, conde de Loc.—Baudry, presidentes.—
Nicolás Racke, secretario primero.»

Pio IX á los diputados de la Asamblea francesa. S. S. Pio IX se
ha dignado publicar el siguiente Breve, que insertan los periódicos de París:
A nuestros queridos hijos Luciano Brun, quinto conde de Belcastel, conde de la Abadía de Barau,
y á todos los diputados de la Asamblea nacional de Francia que han organizado la ceremonia
de las rogativas de Paray-le-Monial, con el fin de consagrarse al Sagrado Corazon de Jesus,
Lion.

PIO IX PAPA

Amados hijos, salud y bendicion apostólica.

Nunca hemos dudado, amados hijos, que despues de las largas tinieblas del
error se levantaria en Francia el sol de justicia, así como tambien Nos observa-

mos que vendria notoriamente precedido de su muy risueña aurora la Madre de la gracia.

Ella ha sido la que con su presencia ha hecho salir de su letargo á esa nacion de un modo tan admirable; ella la que ha atraido suavemente al pueblo; ella la que se ha unido á todas esas muchedumbres, obligadas por innumerables beneficios, á fin de preparar con todas ellas un reino para su Hijo.

Por eso vosotros, mis amados, os habeis dejado conducir á El por esa dulcisima madre; habeis caminado hácia El, colocándoos con seguridad bajo su guarda; y le habeis consagrado espontáneamente vuestras personas, vuestra propiedad y vuestra patria.

En verdad que ha sido espectáculo verdaderamente digno de los ángeles y de los hombres el de esas crecidas legiones de cristianos y de cristianas, que, sin ninguna indicacion de la autoridad eclesiástica, aunque con gran júbilo suyo y bajo su ordenada direccion: afluyeron espontáneamente á los santos templos para pedir el perdon por haber permanecido tanto tiempo separadas de su Dios y para presentarle un corazon contrito y humillado, que el Señor no puede rechazar.

Cuando Nos recordamos que el origen de todos los males actuales procede de los que habiendo usurpado el poder supremo á fines del siglo pasado, importaron los horrores de un nuevo derecho y propagaron las ficciones de una doctrina insensata; cuando recordamos que procede tambien del perverso empleo de la fuerza de las armas, que ha producido, al mismo tiempo que la subversion completa del órden político en Europa, todos esos gérmenes de desorden que estendiéndose cada dia más, conducen poco á poco al mundo á un estado de incesante conmocion, experimentamos una extraordinaria alegria, viendo que la conversion á Dios de la Francia, comienza de una manera brillante é iniciada por los mismos que han sido encargados de ocuparse en los asuntos del pueblo para legislar y gobernar el Estado, y por los que al frente del ejército y de la armada están encargados de reconstituir la fuerza de la nacion.

Esta armonía del derecho y del poder para rendir homenajes al Altísimo, á quien pertenece la sabiduría y la fuerza, presagia un próximo porvenir, en el cual quedará destruido el reinado del error y en el que por consecuencia quedará extirpada hasta sus raices la causa de tantos males; y nos deja tambien concebir la esperanza de una perfecta organizacion de las cosas, de una sólida tranquilidad y de una restauracion plena de las grandezas y de la gloria de Francia. Porque Aquel que es grande por la fuerza, por el juicio y por la justicia, concederá sabiduría, inteligencia y firmeza á aquellos que creen en El de todo corazon; y extenderá con munificencia sus dones de gracia sobre el pueblo que se ha consagrado á El y que en El espera. Ved aqui, amados hijos, lo que Nos esperamos para vos y para vuestra patria. Con esta esperanza, como prenda del apoyo del cielo y como testimonio de Nuestro paternal afecto, os concedemos con toda la efusion de nuestra alma á cada uno de vosotros y á toda Francia la bendicion apostólica.

Dado en Roma en San Pedro el 24 de Julio de 1873, año vigésimo octavo de Nuestro Pontificado.

PIO IX PAPA.

Manifestaciones religiosas en Barcelona. Muchas señales coinciden, para dar clara muestra de que en Barcelona los sentimientos y las ideas pugnan con ventaja desde algun tiempo á esta parte, para recobrar su asiento perdido. Los desquiciamientos, la disolucion allí fomentada, las catástrofes acaecidas en otros puntos, parece como que han despertado el buen sentido del pueblo catalan, y han excitado á los honrados para dar muestra de sí en frente de la osada tiranía de los locos y perversos. Segun el «Diario de Barcelona,» durante los tres dias que han precedido á la festividad de la Asuncion de la Santísima Virgen se han celebrado en la mayor parte de los templos de aquella capital las rogativas dispuestas por el Sumo Pontífice Pío IX, para pedir á Dios la libertad de la Iglesia y la salvacion de la sociedad. A fin de facilitar la asistencia de fieles, las funciones de rogativas, con esposicion del Santísimo Sacramento, se verificaron á diferentes horas del dia, viéndose siempre concurridísima por personas de todas las clases de la sociedad. Ayer fueron tambien muchísimas las que, cumpliendo lo dispuesto por el Papa, asistieron á las Comuniones generales, con que terminaron las rogativas.

Surja en todas las poblaciones, digno, puro, y valiente el sentimiento de religion y de patria, el culto á las virtudes privadas, la ostencion, hoy necesaria, de varonil civismo; y veráse entonces cómo la increíble é injustificable tiranía de los mas audaces, la vergonzosa é insufrible dictadura del crimen escandaloso y sin velos, desaparecen como el humo.

No se olvide que Barcelona y Jerez eran las dos poblaciones que con Alcoy formaban la residencia favorita del *espíritu y magistratura* del socialismo internacional. Y heridas con el tristísimo ejemplo de la última las dos primeras, vánse hasta ahora librando, con sorpresa de todos, de seguir el rumbo, que al parecer estaba fatalmente prescrito para ellas, en medio de esa tempestad última de horrores é iniquidades, que sobre España se ha desencadenado.

Agrúpanse todas las fuerzas morales, trabajen por la fé y la moral y la cordura y el sostenimiento de la sociedad todos los espíritus rectos; y ninguno de sus esfuerzos, aunque otra cosa parezca, será perdido.

No aseguraremos que Barcelona y Jerez no tengan que sufrir todavia, si en España sigue imperando el desorden y la anarquía; y sobre todo la impunidad mas espantosa; pero en verdad la tregua que hasta ahora han logrado en la connoccion última de absurdo *cantonalismo*, disolucion de la patria, será siempre debida á las causas que señalamos.

Un sacerdote y un obrero. Hace poco, un dia de Junio en París, á las siete de la mañana, un sacerdote de pequeña estatura llevaba el santo viático á un enfermo, cuando le salió al encuentro un obrero de formas hercúleas, que le dijo: «Hoye tú, cura; no te olvidaré cuando vuelva la Commune.» El sacerdote dirigiéndose á él, repuso: «Para que no me olvides, será preciso vengas á prenderme en mi casa. Ahí tienes mi tarjeta, tómalala.» Metiósela en la faltriquera; y dos horas despues habia ido á reconciliarse con el sacerdote. El valor que este mostró habia impresionado á aquel hombre, cuyo corazon estaba extraviado, pero no pervertido.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TERCER TOMO

DE

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

(Tercer semestre: de 1.º de Abril á fin de Setiembre de 1873.)

SECCION DOCTRINAL.

	NÚMS.	PÁGS.
Introduccion al tomo tercero de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD. El orgullo científico, por D. Carlos María Perier.....	37	3
Una pasion y una virtud, por D. Patricio Aguirre de Tejada.....	37	17
Fiat Lux, por D. Abdon de Paz.....	38	41
El obrero del campo y el de la ciudad, por D. Antonio Gueroles.....	38	46
Un devoto de la Inmaculada, por Fernan Caballero.....	38	56
Pasion y muerte de Jesus, por D. Fernando Corradi.....	39	81
El Cenáculo, por D. J. A. Ortiz Urruela, Presbitero.....	39	91
Cartas á un obrero; carta décima, por doña Concepcion Arenal.....	39	96
Carta undécima.....	45	327
Carta duodécima.....	47	410
Carta décima tercera.....	52	612
Carta décima cuarta.....	55	661
Carta décima quinta.....	54	699.
La Semana Santa en Madrid, por D. Carlos María Perier.....	39	105
La crucifixion de la Iglesia, por el Sr. Obispo de Jaen.....	40	121
Sobre el trabajo y la educacion del obrero, por D. Carlos María Perier.....	40	127
Espiritu antisocial, por D. Ruperto García Cañas.....	40	135
La indole del pueblo español, por D. Carlos María Perier.....	41	161
Carta—protesta, por el Sr. Obispo de Zamora.....	41	167
Pormenores de la defensa.—Alcance de nuestras armas.—Acierto en la punteria, por D. Antonio Maria Segovia.....	41	174
Conclusion.....	45	270
La defensa de la sociedad, por el Sr. Obispo de Jaen.....	42	201
Principios de ciencia social, por D. Ignacio Maria de Ferran.....	42	215
Conclusion.....	45	254
Problemas sociales, contestacion al Sr. Figueroa, por el Sr. Marqués de Molins.....	45	241
Conclusion.....	44	281
Circular del Sr. Obispo de Badajoz, sobre el derecho de propiedad y el comunismo.....	44	280.
Los pequeños impios, por D. Carlos María Perier.....	45	321
Los incendiarios, por D. J. S.....	45	351
Resabios doctrinarios, por el Sr. Obispo de Jaen.....	46	361
Del catolicismo como idea social, por D. Bles Hernandez de Santa María.....	46	369
Dios y patria, por D. Ramon Losada.....	46	378
Los templos católicos, por D. Carlos María Perier.....	46	380
Jurisprudencia politico—cristiana, por el Sr. Obispo de Jaen.....	47	401
Qué representa la Internacional, con relacion á nuestro estudio social, por D. Edmundo Mac-Costello.....	47.	415
Horrores de Alcoy, por D. Carlos María Perier.....	48	441
Delirios contra la unidad de la patria, por D. Carlos Maria Perier.....	48	446
El error y la buena fé, por D. Alejandro Pidal y Mon.....	48	453
Circular del Sr. Obispo de Jaen.....	48	461

	NÚMS.	PÁGS.
La Iglesia y el Estado, por el Sr. Arzobispo de Valencia.....	49	481
El trabajo, por D. Antonio Pírola.....	49	492
Viaje por el mundo de los espíritus, por D. Abdon de Paz.....	49	494
Los muñecos, por D. Antonio María Segovia.....	50	521
Epístola religiosa y social, por D. Vicente Barrantes.....	50	550
A los que están dispuestos á dar con sus obras testimonio de su fé, por doña Concepcion Arenal.....	50	543
Pío IX á los ojos del «Times», por D. Carlos María Perier.....	51	561
La fraternidad, por D. Antonio Garcia Maccira.....	51	567
Dies ira, por doña Concepcion Arenal.....	51	575
¿Cuántos años tienen? por D. Antonio María Segovia.....	52	601
La vida y el trabajo, por D. Carlos María Perier.....	52	620
Destruccion de la patria española, por D. Carlos María Perier.....	55	641
La Fé y la razon, por D. Abdon de Paz.....	56	652
En una escuela, por D. Antonio María Segovia.....	54	681
Un recuerdo de Giessen, por D. Ramon Torres Muñoz de Luna.....	51	690

SECCION HISTÓRICA.

Aniversario de la Commune de Paris, celebrado en Lóndrs.....	37	26
Historia de la Internacional, por D. Carlos María Perier.....	37	28
La asociacion Internacional de los trabajadores, por Fribourg (uno de sus fundadores).....	37	29
Continuacion.....	58	61
Continuacion.....	59	105
Continuacion.....	40	148
Continuacion.....	41	191
Continuacion.....	42	225
Continuacion.....	44	303
Continuacion.....	45	342
Continuacion.....	46	386
Continuacion.....	47	425
Continuacion.....	48	469
Continuacion.....	49	515
Continuacion.....	50	549
Continuacion.....	51	591
Conclusion.....	52	628
Reunion de los internacionalistas en Madrid.....	58	58
Documentos comunistas de Extremadura.....	39	104
El sueño del eremita, por D. Alejandro Pidal y Mon.....	40	145
El monumento que se coloca en la Semana Santa en la catedral de Sevilla, por D. Ventura Camacho.....	41	186
Manifestacion socialista en Barcelona.....	45	559
Carta del Consejo federal inglés al Congreso regional de la federacion helga reunida en Verviers.....	46	584
El socialismo en Alemania.....	47	422
Memoria leída en la Asamblea general del Circulo católico de obreros de Alcoy, el dia 29 de Junio de 1873.....	48	464
Sucesos de Málaga.....	49	504
Sucesos de Granada.....	51	582
Sucesos de Sanlúcar.....	51	588
Nuevo documento de Málaga.....	52	624
Sucesos de Sevilla.....	52	624
Episodio de los sucesos de San Fernando.....	53	668
Sucesos de Cádiz.....	55	669
Las diputaciones de obreros en la Exposicion de Viena, por Antonín Rondelet.....	55	672

	NÚMS.	PÁGS.
El trabajo y los trabajadores en Londres.....	51	707
La ley inglesa de proteccion al trabajo.....	52	708
Periódico demagógico. Medios equivocados, por D. Carlos Maria Perier.....	54	709
Circular ó manifesto del nuevo consejo de redencion de «La federacion».....	54	712

CRÓNICA Y VARIEDADES

El socialismo en practica.—Dos perlas.....	57	56
Jerusalem, por D. Carlos Maria Perier.....	58	67
D. Lorenzo Arrazola, por D. Maria Rodriguez Sobrino.....	58	70
Anuncios de la Internacional.—Mas declaraciones de la Internacional en Alcoy.—Internacionalistas franceses en Cataluña.—Defensa social en Francia.—Los amigos del orden.—Acuerdo formado en las ciudades de Alemania contra las huelgas de operarios de imprenta.—Reminiscencia del origen de la Internacional.—Discurso de Su Santidad á los católicos de toda Europa.....	58	74
Jueves Santo.....	59	116
Movimiento católico, por D. J. M. R.....	59	117
Defensa del catolicismo en las Córtes españolas.—Movimiento católico en Alcoy.—Compensaciones contra la Interfiuional en Alcoy.....	59	119
El hese del ángel, por C. M. P.....	40	155
Mariposa, por C. M. P.....	40	156
La Hoja popular.—El Cardenal Garcia Cuesta.—El Sr. Conde de Santa Coloma.—Contestacion á una calumnia.—Defensa social en Noruega.—Acuerdo entre obreros y patronos.—Continuacion del socialismo en practica.—Nuevo circulo católico de obreros.....	40	156
Caridad de los católicos franceses.—Mensaje de los caballeros de Malta en Alemania.—Protesta de los obispos piamonteses contra los ataques á la religion.—Artistas de Alemania.—Pio IX y un incrédulo.—Aniversario de Pio IX.—Temores en Alemania.—Ejemplo cristiano.—Ejemplo de justicia.—Gratitud á una victima de la Commune.—Nueva fundacion católica.—Protestas contra la persecucion del clero católico en Suiza.—Trabajos de la Internacional en España.—La última batalla.—Apertura de la Exposicion universal de Viena.....	41	195
Protésta de un protestante en favor del catolicismo en Suiza.—Muerte del almirante Rigault de Genouilly.—Conferencias de los obispos católicos de Prusia.—Robo sacrilego en la catedral de Sevilla.....	42	239
La Hoja popular.—Honor al Sr. D. Juan Bravo Murillo en Inglaterra.—Asamblea de mujeres internacionalistas.....	43	279
Los enemigos de la caridad: el tercer enemigo, por D. Carlos Maria Perier.....	44	315
Nueva obra del Sr. Maldonado Macanaz.—Aniversario de los rehenes de la Roquette en Paris.—Breve de S. S. á la asociacion católica alemana.....	44	519
La niña bendita, por D. L. F. O.....	45	550
Nueva obra del Sr. Carramolino.—Ecos del socialismo.....	45	559
Glorias españolas, por D. Carlos Maria Perier.....	46	595
Advertencia sobre La Hoja popular.....	46	597
La Voz de la Caridad.....	46	597
Nueva publicacion de Monseñor Dupanloup.—Huelgas en Andalucía.—Concierto de la Internacional.....	46	597
Constitucion civil del clero de Ginebra.....	47	453
Carta de Monseñor Mermillod á Monseñor Lachat, obispo de Basilea.....	47	155
Los católicos en Suiza.—Reunion católica en Nápoles.—Profanacion de templos en Barcelona.—Trabajos internacionalistas.—Manifestacion religiosa y patriótica.....	47	457
Carta que escribe S. M. el rey D. Felipe III al muy ilustre cronista de la villa de Madrid, D. Ramon de Mesonero Romanos.....	48	474

	NUMS.	PAOS.
Las campanas, por D. Patricio Aguirre de Tejada.....	48	476
Filosofía del Padre Zeferino Gonzalez.—Sucesos de Alcoy.—Palabras del Arzobispo de Valencia sobre los sucesos de Alcoy.—Ley contra los promovedores de huelgas en Alemania.—Internacionalistas en Roma.—Enfermedad de Carlos Marx.—La instrucción en Inglaterra.—Palabras de S. S. á la Emperatriz de Rusia.—Noticias de la Exposición de Viena	48	476
Episodio interesante de los sucesos de Alcoy.—Las monjas de Málaga.—Ordenes secretas de un ministro, relativas á los templos católicos.—Palabras de Mac-Mahon al presentarse á la Asamblea francesa.—Nueva obra del Sr. Bosson.....	49	518
Advertencia sobre La Hoja popular.—Nueva obra del Sr. Vizconde del Ponton.....	50	569
Nueva obra del Sr. Armengol y Cornet.—Estadística de Londres.—La sociedad protesta.—Sucesos de Gracia.—Sucesos de Sanlúcar.—Condenación de la Internacional en Noruega.—Asamblea de obreros catalanes.—Energía contra la Internacional.—Reedificación de la columna de Vendome en París. Derribo de la estatua de Felipe III en Madrid.....	51	596
Carta del Sr. Corradi al Sr. Castelar.—Preparativos para un nuevo congreso internacional.—Nuevo congreso internacional en Oten.—Situación de Andalucía.—Monseñor Mermillo á la Asamblea federal suiza.—Los obispos prusianos al ministro de los cultos en Berlín.—Sentimiento religioso en Sevilla.....	52	657
La disciplina de la ordenanza naval.....	55	676
Album de mis hijos.—El sentimiento religioso en la Asamblea francesa....	53	678
Los enemigos de la Caridad, el cuarto enemigo, por D. Carlos María Perier.	54	715
Renan, por F. R.....	54	717
Congreso internacional de Ginebra.—Desercion de la Internacional.—Pastoral colectiva de los obispos prusianos reunidos en Fulda.—La Asamblea de Maguncia á los católicos alemanes.—Pío IX á los diputados de la Asamblea francesa.—Manifestación religiosa en Barcelona.—Un sacerdote y un obrero.....	54	718

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA HOJA POPULAR

APENDICE Á «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD»

(que se imprime aparte y se da gratis)

1.º de Mayo de 1873.

Todos ricos, por D. Antonio María Segovia.....	9.º	1.ª
Sentencias de Salomon.....	»	3.ª
Adagios, refranes y locuciones proverbiales.....	»	4.ª

1.º de Junio.

Las cinco pesetas, por D. Antonio María Segovia.....	10	1.ª
Adagios, refranes y locuciones proverbiales.....	»	4.ª
La jardinera y la hoja de Otoño, por C. M. P.....	»	4.ª

1.º de Julio.

La vida y el trabajo, por C. M. Perier.....	11	1.ª
Otra tela de Penélope.—Siete siglos tejer: siete días destejer, por D. Antonio María Segovia.....	»	2.ª
Adagios, refranes y locuciones proverbiales.....	»	5.ª

10 de Agosto.

Otele y Jazmin, por doña C. Arenal.....	12	1.ª
La limosna, por D. P. Aguirre de Tejada.....	»	4.ª

